

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

FUNDADOR

AÑO XVIII.—NÚM. 20

ADMINISTRACIÓN: CLAUDIO COELLO, 22

D. Arturo Zancada y Conchillos.

16 de Julio de 1897.

SUMARIO

GRABADOS: Bellas Artes. ¡Infraganti! (cuadro de Dumini).—D. Salvador Viana Cárdenas: general de brigada.—Isla de Cuba: Trocha de Júcaro á Morón: Cuartel defensivo en construcción.—Ejército de Cuba: Señores oficiales de la columna del comandante D. Enrique Ambel.—El general Weyler conferenciando con el Ayuntamiento de Morón después de revistar las fortificaciones del Júcaro: Trocha de Júcaro, campamento en construcción en el kilómetro 20.—¡No lo olvidéis! (cuadro de M. L. Sergent).—Las islas Cies.—El alcalde de Totana (ilustración).

TEXTO: Revista crítica, por *Fermin Carnicero*.—Nuestros clásicos, de Fray Diego González: A un orador sagrado.—Los grabados.—Mariana, por doña Soledad Martín y Ortiz de la Tabla.—Notas españolas: Bailén, por D. Daniel Collado.—Crónica de la guerra, por *Juan de España*.—La revelación, por doña Emilia Pardo Bazán.—Vida militar, por D. José González Martín.—Bibliografía, por D. Francisco Martín Arrue.—Femenismo, por D. Eugenio García Gonzalo.—El alcalde de Totana, por D. Juan Lapoulipe.—La piedra, por D. Francisco Inesta.—Habladorías por D. Eduardo de Palacio.—Anuncios.



BELLAS ARTES.—¡Infraganti! (Cuadro de Dumini.)

REVISTA CRÍTICA

Las fiestas del jubileo de la Reina Victoria han puesto de relieve el gran poderío actual de Inglaterra, preocupada como Francia, como Alemania, como Rusia, en mantenerse á la cabeza de las potencias europeas.

Y la lucha por conservar las posiciones ocupadas como directoras de la política europea prosigue y proseguirá, en tanto que esas naciones y

sus hombres de Estado rindan el culto que deben al verdadero patriotismo.

Pero como en los mejores y más fuertes organismos hay siempre algo que corroe, algo que destruye, ninguna de ellas se ve libre de esos gérmenes corrosivos que de un momento á otro pueden cambiar en decadencia la prosperidad actual.

¡Quién sabe, decía en mi *Revista* anterior, si el jubileo de la Reina Victoria habrá marcado para el poderío británico el momento de su apogeo!

El estado de la India inglesa lo hace al menos

sospechar. Es verdad que Inglaterra no se para en barras. ¿Los osados indios y musulmanes de Bengala han interrumpido con sus muestras de descontento hacia la tiranía inglesa las grandiosas fiestas del jubileo? Pues se les extermina. Se fusila y acuchilla á 600 hombres y asunto concluido.

¡Puede el baile continuar!

El método no deja de ser expeditivo.

El Japón, con sus procedimientos enérgicos, ha

contenido la *acometividad* de que ha tiempo se sienten dominados los Estados Unidos... cuando se les deja manifestarla.

En el asunto de anexión de las islas Hawaii ha bastado una sencilla nota del Mikado para que los Mac-Kinley, Sherman y Morgan se preocupen hondamente y casi casi se apresuren á decir: "usted dispense, que aquí no ha pasado nada."

Y es que los yankees, como buenos mercaderes, necesitan ante todo la tranquilidad. Ellos podrán alentar y favorecer insurrecciones si se les permite; podrán mostrarse fuertes con el que se les presente débil; podrán imponer condiciones si encuentran quien las acepte; pero, en enseñándoles los dientes, saben prudentemente ocultar las uñas.

Lo lamentable, entre nosotros, es no habérselos enseñado á tiempo.

La toma de Nasugbú en Filipinas es un hecho de importancia suma, digno fin de la hábil campaña que el general Primo de Rivera ha sostenido para concluir con la insurrección tagala.

Pero, con todo, el estado del Archipiélago dista mucho de ser satisfactorio y precisa aprovechar las victorias obtenidas para evitar que la insurrección se reproduzca y asegurar la tranquilidad moral y material y el dominio efectivo de la Metrópoli.

De nuestro Gobierno depende. Que se preocupe un tanto del asunto, que por lo demás, el general Primo de Rivera, que á sus condiciones de caudillo reúne las de hábil político, es hoy quizá el más á propósito para lograrlo.

Ya sabíamos cómo eran el comedor y el despacho del Sr. Sagasta. Hasta le habíamos visto en su tocador, gracias á uno de nuestros ilustrados colegas. Ahora le ha tocado el turno á Castelar. El pobre ha sido sacado, por decirlo así, á la vergüenza pública. Tiene un bonito comedor y, sobre todo, un salón de recibo que parece el de una dama.

Es muy aficionado al te y le gusta darse buen trato. Ya sabíamos que era algo sibarita.

Pero lo que es de lamentar, al presentar á la pública curiosidad estas *conspicuas* personalidades, es la espantosa soledad en que se las deja. El pobre Sagasta debe pasar una sobremesa soberanamente aburrida, y no lo estará menos Castelar al tomar el te.

"¡Solo, siempre solo!—decía un aficionado al arte de Talía, refiriendo uno de sus triunfos escénicos;—aquí lloraba yo y hacia llorar á los demás."

Esto debe pasarles en sus tristes sobremesas á Castelar y á Sagasta.

Como aquí sólo nos ocupamos con verdadero interés en pequeñeces, nada tiene de particular que nuestros principales diarios hayan dedicado sendos artículos á la cuestión de la alternativa del matador de toros *Conejito* en la Plaza de Madrid.

Y todo ¿por qué?

Porque el *Conejito* se negó á recibirla de manos del *Minuto*, alegando que ya la había recibido del *Guerra* en la de Linares.

¡Y esto ha sido tratado con gran copia de datos y antecedentes de interés sumo—para el arte del toreo, se entiende—por los mismos periódicos que reconocen y acatan el poder personal del Sr. Cánovas!

¡Seamos lógicos, señores!

¿No ejerce hoy de supremo pontífice del toreo

el gran califa cordobés, el insigne y nunca bastante ponderado *Guerra*?

Pues boca abajo todo el mundo, que lo que él haga bien hecho está, en tanto se armonice con el sistema político que, á juicio de los aludidos periódicos, nos rige.

¡Váyanse noramala las plazas de Madrid, de Sevilla y aun la mismísima de Ronda, que para nada las necesitamos teniendo un *Guerrita* que hace y deshace!

Saludemos, pues, al *Conejito* como matador de cartel.

¿Dijolo Blas? Punto redondo.

FERMÍN CARNICERO.

NUESTROS CLASICOS

DE FRAY DIEGO GONZÁLEZ

A UN ORADOR SAGRADO

SONETO

Botijo con bonete clerical
Que viertes la doctrina á borbollón,
Falto de voz, de afectos, de emoción;
Lleno de furia, ardor y odio fatal;
La cólera y despiques por igual
Dividen en dos partes tu sermón,
Que, por tosco, punzante y sin sazón,
Deberas predicárselo á un zarzal.
¿Qué rendas de orador en tí se ven?
Zazoso acento, gesto pastoril,
El metal de la voz cual de sartén;
Todo uniforme cual de tamboril:
Para orador te faltan más de cien;
Para arador te sobran más de mil.

LOS GRABADOS

¡Infragantil!—Sola quedó en la casa la enamorada doncella y, aprovechando la ocasión, se dispuso á trasladar al papel sus amorosos pensamientos.

Con gozo no exento de desconfianza y sobresalto cogió la pluma, mas pronto, engolfada en la redacción de la tierna epístola, olvidó sus temores y la pluma corrió sobre el papel trazando las frases más tiernas y apasionadas.

Estaba sola y era necesario aprovechar la soledad.

Mas no contó la incauta con la *traición* del travieso rapazuelo, que corrió á dar á los *viejos* la noticia, siendo sorprendida en medio de su amorosa tarea.

Por eso, mientras los padres riñen severamente á la moza, en la cara del rapaz se pinta la alegría.

El general de brigada D. Salvador Viana.—Este distinguido militar debe todos sus ascensos á méritos de guerra.

En la campaña carlista luchó valerosamente en el Norte, alcanzando en la sangrienta acción de San Pedro Abanto renombre de soldado valeroso.

Cuando los sucesos de Melilla mandó un regimiento de aquel ejército.

En la actualidad presta sus servicios en Filipinas, habiéndosele concedido el ascenso á general por su bizarría en el ataque y toma de Naic, donde después de vadear el río con agua hasta el pecho, desalojó á los tagalos de las formidables posiciones que ocupaban.

Isla de Cuba: Trocha de Júcaro. Cuartel defensivo.—El cuartel defensivo del kilómetro 25 $\frac{1}{2}$ es una de las seis obras de esta clase que forman parte de la fortificación de la trocha.

En la planta baja se halla alojada la tropa y en el piso superior la oficialidad.

En la línea existen otros cinco edificios análogos establecidos en los kilómetros 5 $\frac{1}{2}$, 15 $\frac{1}{2}$, 35 $\frac{1}{2}$, 55 $\frac{1}{2}$ y 65 $\frac{1}{2}$.

Ejército de Cuba: Señores oficiales de la columna del comandante D. Enrique Ambel, en Matanzas.—La columna Ambel goza de gran prestigio en el ejército de Cuba.

La pericia y valor del distinguido jefe, admirablemente secundado por su entusiasta oficialidad, han sido un poderoso estímulo para los soldados que, cuantas veces han medido sus armas con los insurrectos, han colocado en lugar preeminente el nombre de la columna.

Isla de Cuba: El general Weyler conferenciando con el Ayuntamiento de Morón.—En el pasado mes de Abril el general en jefe recorrió la línea militar del Júcaro, examinando con gran detención todas las obras ejecutadas en la misma.

Algunos días después, y terminada su visita de inspección, el general Weyler conferenció en la trocha con el Ayuntamiento de Morón, á cuyos individuos prodigó frases muy expresivas por su

patriotismo é interés en pro de las obras de la importante línea.

Trocha del Júcaro: Campamento en construcción.—Además de los cuarteles defensivos que antes hemos mencionado, existen seis campamentos, destinados al alojamiento de tropas para el relevo de las guarniciones de las obras y defensas de las zonas que les están encomendadas.

Bellas Artes: ¡No lo olvides! (cuadro de Sergent).—Nuestro grabado de las páginas números 312 y 313 representa un recuerdo triste de la tremenda campaña de 1870-71, de esa epopeya de dolor para Francia, vencedora en Jena; de esa página de gloria para Prusia, humillada en Tilsitt.

En el interior de una pobre vivienda, destrozada por los proyectiles, agoniza un bravo soldado, un veterano comandante de Móviles, que ha realizado durante la lucha prodigios de valor, como lo testifica aquella espada que aparece rota á sus pies.

Pero ni el plomo ni el hierro enemigo han podido rendir del todo las energías del valiente.

Por eso llama á su lado á aquel recluta imberbe, y, estrechando su mano, parece decirle: ¡Acuérdate de tu patria, y en lo oscuro de la prisión medita y piensa en la venganza!

En ésta piensa á todas horas el pueblo francés.

¿La realizará algún día?

¿Quién sabe!

Las Islas Cies: Acuarela presentada en la Exposición de Bellas Artes por la señorita doña A. Coussolle.—Las islas Cies, ó Bayona, forman un pequeño grupo situado en el Océano Atlántico, cerca de las costas de Pontevedra.

En esta linda acuarela, que ha sido justamente celebrada, la señorita Coussolle se manifiesta como excelente marinista, y la auguramos en tan difícil género triunfos positivos.

MARIANA

—He aquí una horrible desgracia—dijo Manolo Pinedo á su amigo el Marqués de la Riela; y seguidamente leyó en alta voz el suelto que sigue:

"El *Veloz* ha naufragado en las costas de la Habana, pereciendo la mayor parte de la tripulación y los pasajeros Antonio de Belmonte, Eugenio Garcés, Mariana Salazar...

—¡Al fin, pobre Mariana!—exclamó el Marqués interrumpiendo á Pinedo.

—¿La conociste?

—Sí; ¿quieres saber cómo?

—Cuenta. Ya te escucho.

—Mi regreso de América, tres años ha, lo hice en el *Veloz*. Durante la travesía reinó á bordo mucha animación, gracias al tiempo hermoso de que disfrutamos, y gracias también á la cordialidad y franqueza que desde un principio se estableció entre los pasajeros. Pero, amigo mío, ya sabes:

La tarde más azul de primavera tiene, si bien se mira, alguna nube...

La nube del *Veloz* era una joven esbelta y extraordinariamente hermosa, era Mariana, cuyos encantos físicos sólo podían admirarse en ella como se admiran en una rosa artificial la correcta disposición y los delicados matices de sus pétalos, de un modo incompleto, permíteme la frase, pues como las flores contrahechas, aun confeccionadas con la perfección posible, Mariana carecía de esa animación, de esa vida que es en la mujer cual en aquéllas la fragancia y el perfume, cualidad que nos encanta y nos atrae. En sus ojos inmensos nunca vimos brillar un pálido destello de satisfacción; jamás en sus finísimos labios apercibimos el indicio de una sonrisa y ni una sola vez habíamos conseguido escuchar su acento, que debiera ser melodioso como música de ángeles, dulce como mieles del Líbano.

Mariana se dejaba únicamente ver á las horas de las comidas; permanecía á la mesa el tiempo indispensable, y como al saludar cuando entraba en el comedor, despedíase con una ligera inclinación de cabeza repetida hacia todos lados. ¡Cuántos habrían hecho algún sacrificio por dar movi-

miento, vida, á aquella visión que aun sumida en tan profundo letargo encantaba! ¡Cuántos no hubiesen omitido medios para conocer y destruir, si posible fuera, el motivo de la extraña postración en que se hallaba la seductora pasajera!...

Una noche, largo rato después de habernos retirado todos, comenzó el buque á dar fuertes sacudidas y escuché de voz del capitán estas palabras:

—¡Muchachos, á trincar los guardines!

Semejante mandato representaba el primer síntoma de leve peligro. Lo sabía, mas lejos de sentirme acobardado, me abrigué y subí sobre cubierta.

Los marineros ejecutaban órdenes más bien preventivas que de necesidad por el momento. Me distraían aquellas maniobras y dispúsemme á soporiar el aire frío que corría con tal de presenciárselas.

Tras largo rato de errar para uno y otro lado, difícilmente por el continuo movimiento de la nave, fuime á sentar en un banco no lejos del timón; mas cuál no sería mi asombro cuando, instalada en el mismo asiento que buscaba yo, encontré á Mariana, no meditabunda y triste como de costumbre, sino animada, radiante en grado tal, que si hasta entonces no hubiera visto á aquella mujer, me hubiese prosternado á sus plantas, como hereje súbitamente convertido por su mirada, por su sonrisa, por su semblante, que propiamente parecía irradiar destellos bienhechores de las venturas inefables prometidas á los justos.

Pero hube de limitarme á saludarla con una reverencia profunda, subiendo de punto mi estupefacción cuando me habló de este modo:

—¿Os gusta la tempestad? Sois amigo mío. El rudo combate de las olas entre sí, que gigantescas se encrespan á impulsos de fuerzas misteriosas y chocan y saltan convertidas en mil menudas porciones líquidas ó en hirvientes espumas, para volver á tomar imponentes proporciones, es grandioso, ¿verdad? Sí, y sobre todo, es magnífico, sublime y encantador ese espectáculo, cuando al revelarse la revolución de los elementos nos separan del puerto muchísimas millas; cuando ni un indicio de salvación descubre la mirada, cuando es seguro, inevitable el naufragio... Hundirse en las aguas hasta llegar á los canos profundísimos del mar para reunirse allí con el ser que nos ama, al que hemos consagrado todos los afectos, los latidos todos de nuestro corazón, ¡qué incomparable delicia!

Mariana daba á su voz una entonación de apasionado extravío, al mismo tiempo que un matiz suave y triste de sincera esperanza.

Siguió durante algún tiempo hablando en tono igual y sobre el mismo tema, y se retiró después quedándose inexplicablemente impresionado.

Por fortuna, la alteración atmosférica pasó pronto. Al siguiente día el mar estaba tranquilo.

Aguardé con impaciencia la hora de ver á Mariana, halagándome la idea de que hubiese vuelto de su postrada actitud, pero llegó al comedor como siempre, ensimismada y muda.

Referí al capitán lo ocurrido, cuando estuvimos solos, y me habló así:

—Mariana es hija de unos acaudalados argentinos; se casó en Buenos Aires con un joven madrileño llamado Eulogio de Arcos. Desde el altar v

nieron á embarcarse en este buque que con rumbo á Barcelona zarpaba en el mismo día. Llevábamos dos semanas de navegación cuando Eulogio fué acometido de una fiebre tifoidea que le privó de la existencia. Figúrese usted las tristes escenas que con tan funesto acontecimiento presenciábamos. Eulogio y Mariana se querían entrañablemente. Ella no ha vuelto á salir del *Veloz*, donde espera morir para que la arrojemos al mar, si no naufragamos, como preferiría, pues cuando brama el huracán y las olas azotan los costados del buque, Mariana parece recobrar la vida, una vida de lastimosa demencia, como usted ha visto, fundada en la idea de que se acerca el momento de reunirse con su esposo. Mas así que se restablece la calma, torna á su postración, á esa postración solamente vencida ante la probabilidad de sucum-



D. Salvador Viana Cárdenas, recientemente ascendido á general de brigada.

bir, porque, ya lo he dicho, Mariana piensa encontrar la realidad de todas sus ilusiones en el fondo del Océano.

SOLEDAD MARTÍN Y ORTIZ DE LA TABLA.

Llerena-Badajoz.

EN EL ALBUM DE UNA MUCHACHA

Me pides versos y es cosa chiquilla que no te niego, porque tu ruego es el ruego de una muchacha preciosa.

Y si una ley respetada nos obliga á obedecer el ruego de una mujer, si es bella... ¡no digo nada!

No falto á la cortesía ahí van versos para tí,

pero perdóname si digo alguna picardía, pues me suele suceder, sin que comprenda el motivo, que casi siempre que escribo versos para una mujer, pretendo en forma sencilla tratar profundas cuestiones y acaban mis reflexiones enfadando á mi *costilla*.

Como ahora temo escurrirme y un desliz aquí es muy feo, voy á cumplir tu deseo procurando *comprimirme*.

Tratarte es una fortuna; el no verte me contrista; eres como pocas lista y bella como ninguna; tu cara, de encanto llena, al más pacífico exalta y tienes sólo una falta para mí, ¡que eres tan buena!... que nunca podré obtener la dicha de... Lo estás viendo; nada, ya me está poniendo mala cara mi mujer.

JOSÉ RODAO.

NOTAS ESPAÑOLAS

BAILÉN

(19 DE JULIO DE 1808)

No bastan los ejércitos para defender una nación, mientras que una nación defendida por el pueblo es invencible.

NAPOLEÓN.

No sólo la lógica, sino el espíritu de conservación, impone á los pueblos el deber de acordarse, más que de su pasado, de su presente, y más que de su presente, de su porvenir.

Persuadidos estamos de que las energías nacionales no pueden alimentarse ni sostenerse con sólo los recuerdos de la Historia; mas también creemos que á ningún pueblo le es dado olvidar ó *suprimir* la suya.

Necesario, indispensable, le es á una nación rendir culto á un ideal que la estimule; mas por lo mismo, producirá siempre saludables efectos recordar á los ciudadanos los grandes hechos de sus antecesores para que, sirviéndoles de provechoso ejemplo, inspiren en ellos sus actos.

Por lo que á España se refiere, nosotros abrigamos la creencia de que su decaimiento presente es consecuencia obligada del olvido de su pasado.

Esto, que en todo pueblo es, no sólo censurable, sino doloroso, lo es doblemente en nuestra Patria que, si en otros tiempos y tal vez por permisión divina realizó empresas tan grandiosas que pudiera decirse redundaron no sólo en provecho de Europa sino del mundo entero, debiera estar hoy en condiciones de renovarlas.

Porque nosotros no podemos creer en esa ley fatal que señala á cada pueblo una misión histórica determinada, y una vez cumplida, hace que

todas sus iniciativas, y energías desaparezcan.

Tanto equivaldría sostener ó pensar que las viejas naciones europeas, al nutrir moral y materialmente á las nuevas de otros continentes, habían decretado su propia consunción.

No, semejante ley no puede ni debe cumplirse, mucho menos tratándose de un pueblo que conserva la virilidad que hoy como ayer manifiesta el *pueblo* español.

Porque así lo creemos, juzgamos útil conmemorar los grandes hechos de su historia, entre los que merece lugar preeminente la gloriosa jornada de Bailén.

Mas antes de conmemorarla, debemos hacer constar que no pensamos renovar llagas que el tiempo y el progreso curaron, ni despertar odios que afortunadamente desaparecieron para jamás volver.

Las naciones no pueden ni deben ser en absoluto responsables de los desastrosos ó de las ambiciones de los hombres que las gobiernan.

Por lo tanto, á la Francia de hoy no pueden ni deben imputársele los actos de la Francia de ayer.

Esto dicho, vengamos al objeto esencial de este artículo.

El genio guerrero de Napoleón se había impuesto á Europa.

Marengo y Jena pregonaban su gloria y las águilas imperiales volaban de triunfo en triunfo, sin que á nación alguna le hubiera sido dado detener su vuelo.

Los soldados de Bonaparte habían penetrado en España, no por la fuerza de las armas, sino por la traición y el engaño de fuera, ayudados por la imbecilidad y la ambición de dentro.

El 9 de Julio de 1808, el intruso rey José había

dispuesto su proclamación en todos los puntos de la Península.

El 11 los Jefes del ejército de Andalucía, á cuyo frente se hallaba el general Castaños, se reunían en Porcuna y en un consejo de generales acordaban no sólo contrarrestar la marcha progresiva de los franceses, sino tomar á todo trance la ofensiva.

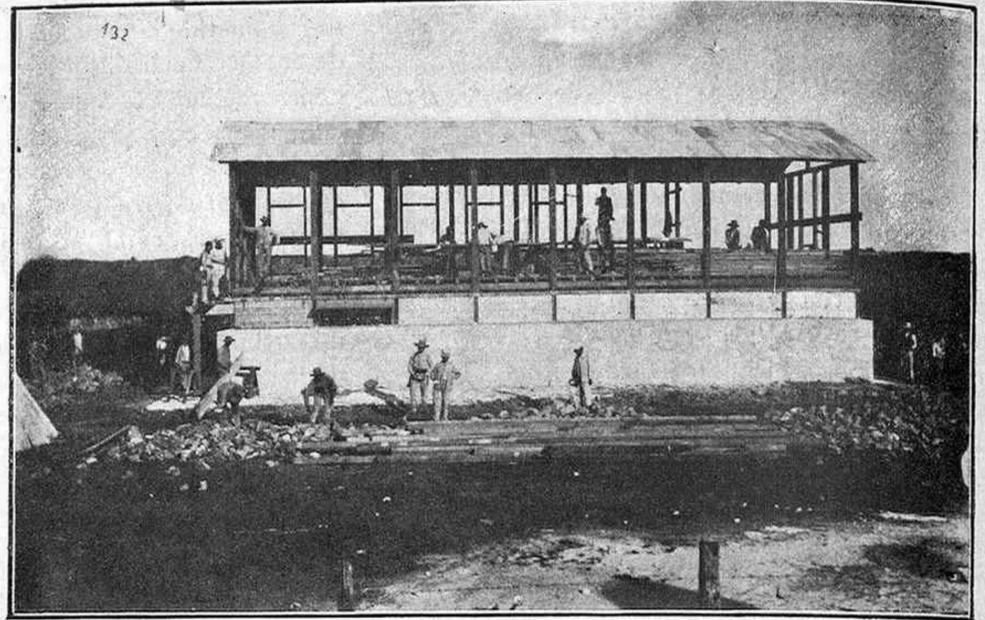
.....

Los momentos eran solemnes.

Veintisiete mil combatientes españoles, de los cuales 18.000 eran paisanos (1), iban á medir sus armas en campo raso con 21.000 soldados franceses, á quienes animaba el espíritu del *capitán del siglo* y fortalecía su hasta entonces no interrumpida marcha triunfal por Europa.

Pero desde el primer instante de la lucha, el Ejército español, si es que puede llamarse ejército á la masa de hombres que Reding y Coupigny acaudillaban, demostró á los vencedores de Marengo y Jena que *si no bastan los ejércitos para defender una nación, una nación defendida por el pueblo es invencible.*

(1) Llevaban diez días en filas.



Trocha de Júcaro á Morón.—Cuartel defensivo en construcción.

No vamos á relatar las alternativas y peripecias de la batalla, porque el relato sería una repetición de lo que plumas autorizadísimas tantas veces han narrado.

Para el objeto de este artículo, nos bastará consignar que, en la tarde del 19 de Julio de 1808 y tras reñidísima pelea, de los 21.000 hombres que mandaba el general francés Dupont, 2.000 yacían muertos, 3.000 heridos y el resto prisioneros.

España, la nación heroica por excelencia, había triunfado, y al triunfar, realizaba una nueva misión histórica que tal vez no ha sido aun perfectamente comprendida y apreciada.

Pues así como la invasión sarracena sirvió para que en nuestra Patria no arraigase el feudalismo y al no arraigar se debilitase el que sufrían otros pueblos, del mismo modo la rota de Bailén libró á Europa del yugo á que la soberbia y la ambición de un hombre querían someterla.

¿Cómo, pues, no hemos de considerar altamente provechoso recordar las sublimes epopeyas de nuestra Historia? ¿Cómo no hemos de tener fe y fe inquebrantable en los destinos de España?

La Historia nos enseña que tras cada peligro, tras cada crisis, el pueblo español ha realizado un progreso.

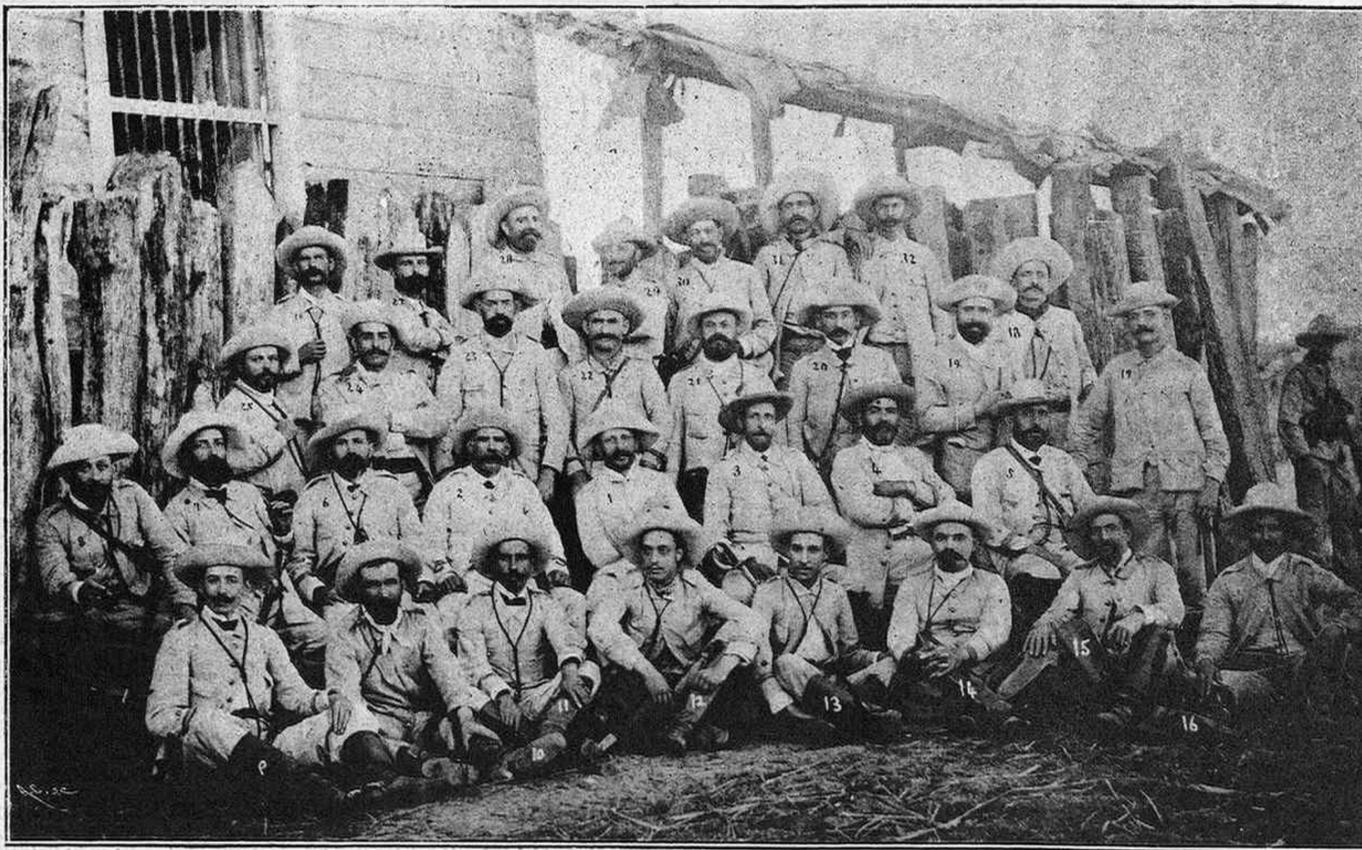
Después de la Reconquista vino el descubrimiento de América; después de la guerra de la Independencia el derrocamiento del poder absoluto; después de la última contienda civil peninsular el triunfo de la democracia.

Y nos preguntamos: después de la actual guerra de Cuba, ¿qué vendrá?

Pues vendrá lo que ya se vislumbra, lo que ya avanza, lo que ya se toca, la transformación de nuestros viejos organismos políticos que, preparando el advenimiento de una nueva generación, permitirá á ésta afianzar el porvenir realizando el engrandecimiento moral y material de España.

DANIEL COLLADO.

EJÉRCITO DE CUBA



Señores oficiales de la columna del comandante D. Enrique Ambel en Matanzas.

1. Comandante D. Enrique Ambel Cárdenas.—2. Id. D. Francisco Alvarez Rodríguez.—3. Capitán ayudante D. Augusto González de León.—4. Capitán D. Francisco Pérez Martínez.—5. Id. D. Salvador Martín Quiles.—6. Id. D. Pedro Marqués Baqués.—7. Id. D. Eduardo Sánchez Gómez.—8. Id. D. Bernabé Rubira Mateo.—9. Segundo teniente D. Sergio Maestro de Hijosa.—10. Id. D. Domingo Gravelosa Vidal.—11. Id. D. Jesús García Fariñas.—12. Id. D. Abelardo Grajera Benito.—13. Id. D. Miguel Hernández Sepena.—14. Idem D. Antonio Pérez Martínez.—15. Id. D. Matías Medrano García.—16. Id. D. Valentín Cortés Cantín.—17. Id. D. Antonio Riguelme Gavera.—18. Primer teniente D. Isidro García Sánchez.—19. Segundo teniente D. Cesáreo Martín Poyo.—20. Id. D. Constantino Hernández Cruz.—21. Id. D. Felipe Valera Casado.—22. Id. D. Braulio Huante Uricelqui.—23. Id. D. Emilio Díez Rodríguez.—24. Idem D. Nicolás Lari Areny.—25. Id. D. Jaime Faloris Villalonga.—26. Id. D. Claudio Castaño Villar.—27. Segundo médico D. Sueiras Olave.—28. Segundo teniente abanderado D. Gabino Sánchez de la Torre.—29. Segundo teniente D. Juan de Mora Pérez.—30. Idem D. Manuel Castresana Aldama.—31. Primer teniente D. Joaquín Alcaine Oliete.—32. Segundo teniente D. Ramón Fernández Cartelo.



EL PROBLEMA CUBANO

LA POLÍTICA

En toda contienda civil, y civil es en su esencia la contienda de Cuba, la pasión ó el egoísmo suelen ser causa de que los llamados á ilustrar la opinión carezcan de la imparcialidad necesaria para llenar á conciencia su cometido.

Tal proceder origina perturbaciones y males sin cuento, pues desorien-



ISLA DE CUBA.—El general Weyler conferenciando con el Ayuntamiento de Morón después de revistar las fortificaciones de la Trocha del Júcaro.

tada la masa neutral del país, no puede robustecer con su apoyo la causa justa ni oponerse con resolución á que la injusta prospere.

En el actual problema de Cuba (nos referimos á su parte política), ha venido sucediendo hasta hoy lo que apuntado queda, resultando que las dificultades para resolverle nacían, más que de la gravedad del mismo, de causas que pudiéramos calificar de accidentales.

Previsiones no justificadas, oposiciones sistemáticas y miras egoístas, han retardado por muchos años la rectificación de la política que en Cuba debió seguirse, provocando el conflicto actual, que de otro modo no hubiera estallado.

Después de estallar, aún han venido luchando las ideas viejas con las nuevas hasta que, no sabemos si por convicción ó necesidad, las asperezas se han suavizado, los egoísmos aparecen menos latentes, y todos los partidos han venido á convenir en que no hay más que una solución para el problema.

Nosotros, que colocados en un campo absolutamente neutral, nos hemos visto obligados á llevar nuestro grano de arena á la obra de que dependía y sigue dependiendo el porvenir de la Península y el de Cuba, expusimos siempre con entera claridad y franqueza nuestras ideas, dando á nuestras

Crónicas un alcance político que tal vez no estaba muy en armonía con el carácter de esta publicación. Mas lo hicimos porque entendíamos y seguimos entendiendo que en ciertos casos y ante ciertos peligros la indiferencia es digna de censura.

Fieles á la línea de conducta que nos trazamos, la seguiremos sin vacilar hasta que el conflicto toque á su fin.

Saben nuestros lectores que combatimos dentro de nuestro modesto radio de acción las concesiones políticas que algunos defendían, por entender que ínterin éstas pudieran aparecer como impuestas por el separatismo, no debían concederse.

Pero el esfuerzo incomparable de nuestros soldados hizo que el aspecto del problema cambiase.

Muertos los principales jefes de la rebeldía, deshechos los más importantes núcleos de ésta y retirada en parte la protección que los Estados Unidos la dispensaban, el Gobierno del Sr. Cánovas resolvió otorgar á Cuba las reformas.

Entonces aplaudimos sin reservas la resolución, y nuestro afán constante fué excitar á todos los partidos legales de la isla para que, perfectamente unidos, facilitasen la obra del Gobierno.

Nuestros deseos, que eran los de la opinión en general, están cumplidos puesto que el partido de Unión constitucional acepta como programa las reformas últimamente concedidas.

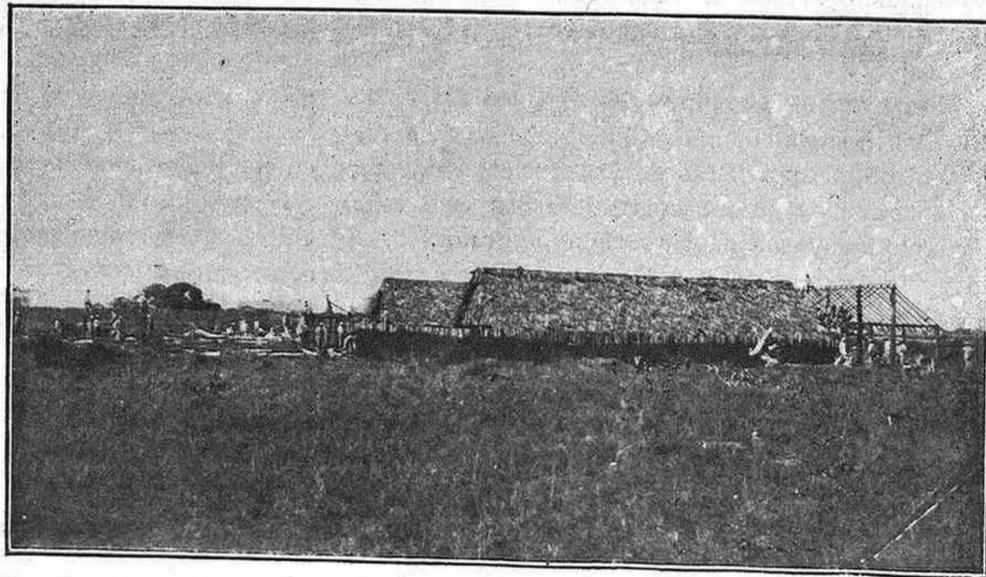
¿Basta esto, sin embargo, para llegar pronto á la paz?

Nosotros entendemos que no.

Para que ciertas desconfianzas, que con más ó menos fundamento existen aún, desaparezcan, es indispensable que todos los partidos legales de Cuba tengan la seguridad de que la dirección del nuevo régimen antillano no se convertirá en monopolio de una agrupación determinada.

Deben desaparecer los privilegios, las distinciones, las parcialidades, los exclusivismos, y, en una palabra, cuantas causas han contribuido á crear en Cuba el triste estado que todo buen patriota lamenta.

Porque, como ha dicho muy bien *La Correspondencia de España*, "las ideas y las leyes son conceptos abstractos que no funcionan por sí mismos, sino que necesitan de personas y entidades vivas que las pongan en práctica, y precisamente todo el gran movimiento reformista tiende á abrir de



TROCHA DEL JÚCARO.—Campamento en construcción en el kilómetro 20.

una manera franca las puertas de todos los organismos políticos y sociales de la isla de Cuba á muchos elementos sanos, nuevos y leales, que hasta aquí estuvieron casi desheredados.,

LA CAMPAÑA

No cumpliríamos con un deber, que más que justo consideramos sagrado, si en esta parte de nuestra *Crónica* no hiciéramos del bravo y sufrido ejército de Cuba el caluroso elogio que merece.

Con lluvias torrenciales y un calor asfixiante, aquellos valientes persiguen y baten á aquel enemigo traidor, cuya táctica consiste en no dar la cara, ocultándose cobardemente en la aspereza de la sierra ó entre la vegetación que crece en terrenos pantanosos é insalubres.

Dos años y medio de batallar continuo no han debilitado en lo más mínimo el valor y la constancia de nuestros incomparables soldados, que luchan hasta morir en defensa de la bandera de la Patria.

Imiten conducta tan noble y abnegada cuantos están llamados á conseguir la paz, para que en día no lejano España, agradecida, pueda tributar á aquellos héroes los honores del triunfo.

Las notas más salientes de las operaciones son las transmitidas por el general Weyler en los despachos oficiales después de su expedición marítima á Oriente.

Comunica el general en jefe que las columnas de aquel departamento y las de Las Villas han hecho á los rebeldes 54 muertos, cogiéndoles, además, seis prisioneros y 440 caballos.

Las presentaciones han sido en bastante número, pues ascienden á 347, de los que 108 lo hicieron á una sola columna.

Este resultado se ha obtenido penetrando nuestras fuerzas en el interior de los bosques, donde sólo hallaban pequeños grupos rebeldes.

El general en jefe ha practicado reconocimientos á Oriente de la trocha del Júcaro, visitando puntos tan importantes como Cuba y Manzanillo.

Sus impresiones son por extremo optimistas, pues asegura que en aquel territorio la disolución de las gruesas partidas ofrecerá menos dificultades que en Occidente, esperando lograrlo en cuanto penetren más columnas.

En prueba de que el optimismo del general Weyler tiene fundamento sólido, conviene hacer constar que su primer acto apenas llegó á Sancti Spiritus, fué dictar un bando otorgando un perdón incondicional á cuantos insurrectos se presentasen, ofreciéndoles, además, socorros, viviendas y trabajo.

Respecto á la concentración de partidas en la provincia de la Habana y al movimiento de avance ejecutado por otras de Oriente á Occidente, las noticias son tan contradictorias que todo cuanto pudiéramos decir sería aventurado.

Como en las decenas anteriores, han menudeado los pequeños combates, pues sólo se registran dos de alguna importancia: el de las lomas de Capote, en que la columna del comandante Moscoso causó 30 muertos al enemigo, y otro muy reñido que sostuvo la de Albergoti y en el que los rebeldes fueron escarmentados con dureza.

Al cerrar esta *Crónica*, circula con insistencia el rumor de haber sido muerto por nuestras tro-

pas el cabecilla Quintín Banderas; pero la noticia no está oficialmente confirmada.

LA MARINA DE GUERRA

El comandante general del Apostadero de la Habana transmite por correo al ministro de Marina el parte de campaña del comandante del cañonero *Reina Cristina*, en el cual especifica con todos sus detalles el hecho de armas realizado por aquel buque en dos reconocimientos llevados á cabo en el río Santa Ana y sus esteros, sosteniendo más de dos horas de nutrido fuego con el enemigo, apostado en la manigua y manglares de ambas orillas, á pesar de lo cual desembarcaron las tripulaciones de los botes enviados río adentro, que batieron heroicamente á los insurrectos cargando á la bayoneta y causándoles numerosas bajas, deduciéndolo de los muchos rastros de sangre que dejaron.

Dichos reconocimientos dieron por resultado la destrucción de tres campamentos, que el enemigo tuvo que abandonar; el apresamiento de siete embarcaciones menores, de las que se incendiaron cinco y las otras fueron remolcadas al cañonero, y se cogieron varios fusiles, machetes, municiones y otros efectos.

La marinería demostró un valor á toda prueba, tanto en los momentos del combate, como en las fatigas y penalidades sufridas en operación tan arriesgada en sitios casi inaccesibles, resultando sólo del cañonero heridos el contramaestre Manuel Hermida, los marineros José Ferrón y Román Freiro y el fogonero Díaz, todos leves, cuyo comportamiento recomienda su comandante, haciendo especial mención de la bravura y arrojo del marinero de primera Juan Saavedra Seoane, que avanzó solo en persecución de los insurrectos hasta darles alcance y luchar cuerpo á cuerpo con ellos.

Así se conducen en Cuba nuestros marinos, que, como el Ejército de tierra, merecen bien de la Patria.

FILIPINAS

Las noticias comunicadas por el general Primo de Rivera no pueden ser más satisfactorias.

Nuestras tropas se han apoderado de Masugbú, y muy pronto caerá en su poder Looc.

En el primer punto, se han presentado á indulto 5.752 personas, entre las cuales figuran varios cabecillas y algunos parientes de Aguinaldo.

El señor marqués de Estella confía en que muy en breve tendrán que presentarse los que aún quedan en armas, pues los destacamentos les privan de toda subsistencia, y en plazo relativamente corto no quedarán en Filipinas más enemigos que las cuadrillas de *tulisanes*, que, aun en las épocas más normales, han logrado sostenerse en el interior de los montes.

En prueba del satisfactorio aspecto que el Archipiélago presenta, el general Primo de Rivera anuncia que han embarcado para la Península un general, 20 jefes, 78 oficiales y 1 049 soldados.

Lo que ahora importa, es que la política que allí se siga corresponda al acierto con que ha sido resuelto el problema militar, y así lo espera la opinión de las altas dotes que adornan al general Primo de Rivera.

JUAN DE ESPAÑA.

LA REVELACIÓN ⁽¹⁾

—¡Qué miedo he pasado de morirme antes que tú volviesses de ese París!—exclamó la anciana subrayando con tedio el nombre de la capital francesa.—¡Lo que he rezado á santa Rita para que me conservase la vida unos días más!

—¡Pero, tía, si está usted para vivir cien años!—afirmó Gastón chancosamente.

Doña Catalina clavó en el rostro de su sobrino los negrísimos ojos, lo único que sobrevivía en su semblante momificado, con extraordinaria expresión, sobrehumana casi.

—A la lámpara se le acaba el aceite,—dijo en voz sorda—, pero la misericordia divina no ha permitido que la muerte me sorprenda. Sé de cierto que se acerca la hora...

—Vamos, tiita, aprensiones... Me ha de enterrar usted á mí y pedir para que me admitan en la gloria,—insistió el sobrino.

—No lo digas á nadie, hijo mío—, prosiguió la reclusa sin atenderle.—Sólo á tí y al confesor lo descubriré!... ¡Como te estoy viendo.. he visto... he visto á D. Martín de Landrey, tu bisabuelo... mi padre!

Estremeciése Gastón. En aquel jardín embalsado, entre los vitales efluvios que derramaba el sol ascendiendo á su zenit, sintió pasar el soplo frío del *más allá*, un hálito del otro mundo.

—¡Si vieses qué mal color tenía!—continuó doña Catalina tiritando como si las frescas azucenas de Mayo fuesen copos de nieve.—Lo mismo que cuando lo deposité en la caja... ¡Y una cara de sufrir!... ¡Virgen Santísima, Madre de los afligidos, perdón para él... y para todos los pecadores!

La cabeza agobiada de la Comendadora cayó sobre el pecho, y Gastón, cariñosamente, sólo acertó á murmurar:

—Tía... ¿no habrá sido... una figuración de usted?... Hay así... momentos en que desvariamos!...

—¡No! Era él en persona... ¡Podría yo desconocerle! ¡Podría confundir con cualquier ruido su voz, que me dijo... en un tono tan triste... como si las palabras saliesen de la pared... "¡Catalina... te espero... hasta luego, Catalina!...,"

Hizo una pausa, y Gastón vió humedecerse ligeramente las áridas pupilas de la dama, que movía los labios, rezando para sí, sin articular. Gastón, quebrantado aún del viaje y de las penosas impresiones recientes, notaba un vértigo que atribuía al olor subido de las flores, más aromosas cuanto más calentaba el sol. No quería Gastón reconocer que, á pesar suyo, le impresionaban las palabras de la Comendadora.

De pronto doña Catalina se enderezó, ya tranquila y al parecer olvidada de sus temores.

—Natural es morir, hijo mío,—declaró serenamente.—Otros eran jóvenes y se han ido primero. Eso sí que asusta. Ya no hay más Landrey que tú. A mí la tierra me llama, después de ochenta y ocho años y cinco meses que estoy en el mundo. Tú ahora empiezas la jornada... ¡Cómo te pareces á tu abuelo, al pobre Felipe!... ¡Qué bien has hecho en venir aprisa!...

—En cuanto me avisó Telma. Ayer mismo llegué á Madrid... Ya ve usted, ni veinticuatro horas...

Algo que remedaba una sonrisa y era más bien

(1) De la novela «El tesoro de Gastón», Juan Gili, editor, Barcelona.

fúnebre mueca, animó el semblante amojamado de la Comendadora.

—Acércate más, hijo del alma... Ya apenas tengo voz, no puedo esforzarme... Si me paro, no te asustes... Me falta resuello... Soy muy viejecita... Además, tengo frío... Mira, mira... Helada estoy.

La diestra glacial de la Comendadora cayó sobre la de Gastón, que sintió impulsos de retirarla, pero se contuvo. Parecía advertir el contacto de un cadáver: tal estaba de inerte y seca á la vez aquella mano que había debido de ser bella y que conservaba aún las proporciones y el delicado dibujo de una mano patricia.

—¿Eres buen cristiano?—preguntó de improviso doña Catalina.

—Bueno, no sé; cristiano, sí,—respondió no sin extrañeza Gastón.

—Es que si eres... de esos... que sólo creen en la materia... entonces... aunque te llames Landrey... yo... no tengo nada que decirte!...—¿Crees firmemente en Dios, que nos perdona... que nos ha redimido?... ¿Crees, ó no crees? No mientas... Un Landrey no miente... sería mucha vergüenza! ¡Sería propio de un villano!

—Creo en Dios,—murmuró Gastón sonriendo del á su parecer pueril interrogatorio.

—¿Y en la Virgen?

—Y en la Virgen,—afirmó el mozo con calor involuntario, más conmovido ya de lo que aparentaba.

Doña Catalina cruzó las manos como transportada de gozo. Después, sin transición, exclamó, fijando en Gastón sus vívidos ojos:

—¿Has estado alguna vez en nuestro castillo de Landrey, cerca de la Puebla de Beirana?

—Nunca, querida tía,—declaró Gastón desorientado y algo confuso.—Y eso que siempre me daba curiosidad. Debe de ser una antigualla preciosa... es decir, con carácter... de eso precisamente, de antigualla. Pero ya sabe usted lo que sucede: se forman planes, se fantasea el viaje... y hoy por esto y mañana por aquello... se queda todo en proyecto, y corren días, y meses, y años... Nada, que no he visto Landrey.

—Mal hecho... ¡Lo mismo hicieron tu padre y tu abuelito... yo no se lo aprobé! ¡Aquel es nuestro solar, el sitio en que se respeta nuestro nombre, el sitio en que éramos como reyes! ¡Los señores de Landrey! ¡Eso era decir algo! El que fundó el castillo y los señoríos,—por cierto que se llamaba como tú, Gastón de Landrey,—fué de los que vinieron á ayudar á don Enrique... Me lo contó mil veces mi padre, que eso sí, era estudiosísimo... El estudio es cosa buena cuando no nos aparta de Dios!... ¿Por qué decía yo esto?... ¡Ah! Sí, sí... Aquel Landrey ó Landroi era va un caballero muy noble... sus abuelos habían estado en las Cruzadas, con San Luis... El caso es ser grande en el cielo... pero en fin, los que desde hace siglos...

Detúvose la Comendadora, fatigada sin duda, y Gastón, que callaba por respeto, empezó á creer que estaba perdiendo el tiempo lastimosamente.

—La pobrecilla ya chochea...—pensó,—y se le va el santo al cielo... Incoherencias, alucinación... ¡Cerca de noventa años y el claustro!... Querrá que restaure á Landrey y junte allí mesnadas y alce pendón y caldera... ¡Y cómo revela el orgullo nobiliario, su flaco, en pugna con la humildad cristiana! ¡Si supiese que el último Landrey va á carecer de lo más preciso!

—Mi hermano,—continuó la Comendadora,—pudo titular, y prefirió ser Landrey á secas... Hay condes y duques nuevos, pero los Landrey son to-

dos viejos... ¡Ah! Ya recuerdo, ya sé... Hablábamos del castillo. Digo, no; hablábamos de tu bisabuelo, de mi padre... que Dios le haya perdonado! —y el acento de doña Catalina se quebró en un sollozo.—¡El pobre!... esto pasó la noche antes de morir... porque murió en Landrey, en el cuarto de la parra, que tiene pintada una, al temple... Pues me llamó... así, en voz alta... “¡Catalina!, “Aquí estoy,” “¿Me oyes bien?”, “Sí, señor, diga lo que quiera,” “Acércate, santita...” (me llamaba *santita* por cariño y por chiste.) “Así que yo fallezca, registrarás mis papeles... y quemarás lo que deba quemarse...,” “No tengas miedo...,” “¡Pero cuidado!... En el mueble de concha, unas cartas... las quemas sin leerlas!,” “Lo que usted mande, señor...,” “Hay también en el mismo mueble... ¡atiende! una caja de plata, de resorte... y dentro dos papeles doblados y enrollados... de mi letra... Esos sí que los lees... y los guardas... y te guías por ellos para encontrar el tesoro!...”

—¡El tesoro!...—repitió Gastón fascinado por la palabra mágica que su tía acabada de pronunciar.

—Así dijo: “el tesoro...” Y me acuerdo bien, que me cogió la mano y me la apretó mucho, mucho, y añadió... verás! “Es para tí sola... es tu dote... Te prohibo que le des nada á Felipe... ni un maravedí! A Felipe no... Es mi enemigo: me ha tratado como á un perro... sé que me ha llamado *traidor*... Me cree renegado, apestado y maldito... Tú aquí, encerrada en estas paredes conmigo en lo mejor de tu edad... A cada cual su recompensa... Felipe, el mayorazgo, se lo lleva casi todo... Tú tienes una legítima corta... ¡Más rica tú que él! ¡Para tí el tesoro!...”

Guardó silencio otra vez la Comendadora, exhausta por el esfuerzo, pero sus ojos centelleaban. Gastón no sabía lo que le pasaba: el olor de las azucenas le atravesaba como un clavo las sienes y su corazón latía de esperanza: en aquel momento daba por cuerda y muy cuerda á la monja. Ésta, con dolorido acento, articuló despacito:

—Al otro día murió...

—¿Y la caja?—exclamó aturdidamente el mozo.

—¡Ah!... La caja... Es verdad, hijo, es verdad... No, no creas que la perdí... Allí estaba como *él* dijo, en el mueble de concha... junto á las cartas... que oían á esencias... y las quemé... ¡Qué bien ardiéron! ¡Como yesca!

—Pero... la cajita... con sus misteriosos papeles dentro...

—La recogí... ¡No faltaba más!... Aquí la tengo... Espera... espera.

Y con un movimiento que parecería cómico á quien no fuese capaz de estimar lo que representaba de dignidad y de pudor y de vida immaculada, la Comendadora se volvió hacia la pared, se alzó el escapulario y se registró el seno con una mano que la vejez hacía insegura... Gastón, ansioso, disimulaba la impaciencia y la curiosidad. Vuelta de cara ya la señora, presentó á su sobrino un objeto oblongo, una cajita de plata algo mayor que una tabaquera y finamente cincelada al estilo de Luis XV; cazadores con tricornio y damiselas con peinado de erizón acosaban á un ciervo entre el follaje de un bosquecillo. Gastón tendió la mano vivamente, pero doña Catalina le contuvo sonriendo con alarde de malicia casi infantil.

—El resorte... Si no ni tú ni diez como tú la abris...

Y apoyando de cierta manera la uña del seco pulgar en la charnela de la caja, alzóse lentamente la tapa, y Gastón pudo ver en el dorado fondo,

enrollado, un papel amarillento. La monja casi reía, gozosa y triunfante.

—¿Eh? Ya lo ves, ahí lo tienes... Sesenta y pico de años hace que lo conservo... Ni un solo día se ha separado de mí...

—Pero, tía,—observó enagenado Gastón, que sin poder contenerse se entregaba á férvidas ilusiones,—si poseía usted esto, ¿por qué no buscó el tesoro? ¿O es que ya lo ha buscado usted? No entiendo...

—No, no, yo no lo he buscado... Dios no quiso que lo buscase... Por cosas que... que yo me sé... desde que me faltó mi padre... ofrecí ser monja... y para eso no necesitaba grandes riquezas! Mi padre había prohibido que el tesoro fuese de Felipe... Pude dárselo á los pobres... sino que... no sé si Dios me castigará por esto... la verdad, tengo un delirio por el nombre de la familia... es falta de humildad, lo conozco... ¡Quería que ese tesoro se lo llevase un Landrey!...

Y volviendo á apoderarse de la mano convulsa de Gastón, añadió bajo, casi al oído del mozo:

—Tú puedes hacer que Dios me perdone esta debilidad... Eres cristiano, hijo mío... Usa del tesoro, no como pagano, sino como cristiano... Las riquezas son un depósito... No abuses, no derroches, reparte con los infelices... y acuérdate también del alma... de la tuya... de la mía... y sobre todo de la de mi pobre padre!... Esto último no te lo encargo, que te lo mando... ¿lo oyes? Te lo mando con un pie en la sepultura...

—Prometo á usted hacer lo que desea,—declaró Gastón subyugado, lleno de fe en el tesoro.

Y tomando la cajita, apresuróse á desenrollar el papel que contenía, con ansia de leerlo. Antes de que lo hiciese, recordó de súbito y exclamó:

—Mire usted, tía, que usted habló de dos papeles... y aquí hay uno, uno no más.

Indescriptible expresión de pena cavilosa obscureció el mirar de doña Catalina. Su cabeza tuvo un temblequeteo senil y sus manos se enclavijaron, como si pidiese misericordia.

—¡Yo, yo destruí el otro!—gimió desconsolada.

—¿Usted? ¿Por qué?... ¿Lo destruyó usted á propósito? ¿Qué era?

—Era el que más valía... ¡Era el plano!...

—¡El plano!—repitió Gastón.—¿Un plano del castillo, sin duda?

—Del castillo y de sus alrededores... Con tinta azul, y señalcitas de puntos encarnados... Hecho por *él* mismo... ¡Si tenía una cabeza, un saber de todo!

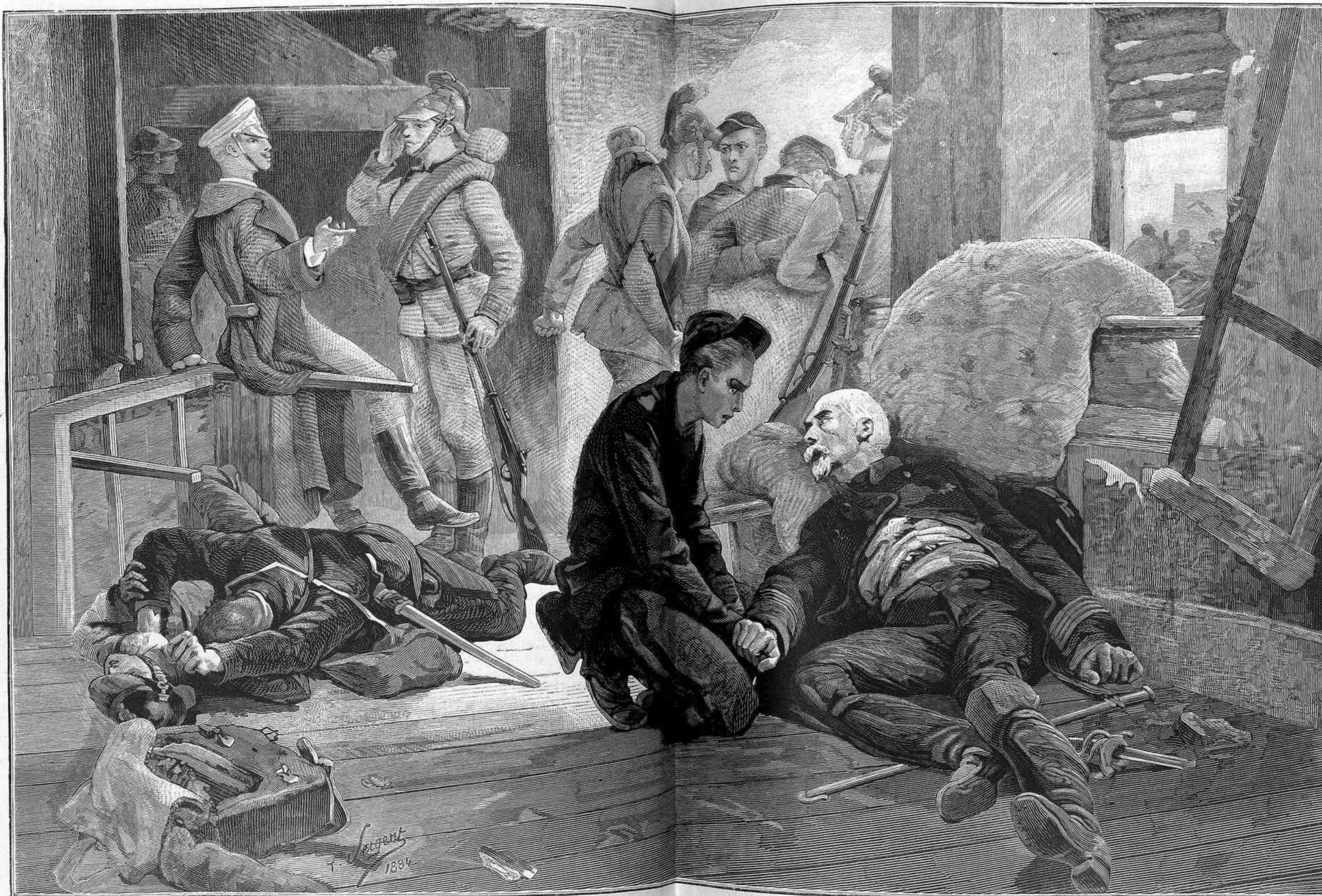
—¿Pero y como destruyó usted ese documento... cómo fué?...

—Porque... ¡Verás!... Yo, en el mundo, padecía síncope... y unas congojas... así como convulsiones... Cuando me encerré sola á quemar aquellas cartas... ¡las de las esencias! mientras ardían, abrí la caja esta de plata... saque los papeles... los estuve mirando... Y cádate que de improviso me da el ataque... no quiero llamar, porque las cartas no las debía ver nadie... lo pasé allí, sin auxilio... caigo junto al fuego... el plano enrollado rueda á la chimenea... y gracias á Nuestra Señora, que no ardí yo... pero se me tostaron las suelas de los zapatos! Milagrosamente me salvé.

—Y el otro papel... no el plano... ¿A ver qué dice?—exclamó Gastón sin acertar á reprimir su impaciencia.

Y desenrollando el papelito, vió que sólo contenía escritas en muy clara letra, estos renglones: “Hallarás lo que busques, si guiado por el Norte sigues el camino de los antiguos en peligro de

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL



¡NO LO OLVIDES! (Cuadro de M. L. Sargent.)

muerte. Las piedras viejas son las más preciosas y el que se humille se ensalzará.,

—¿No sabe usted qué significa esto?...—interrogó el mozo, que encontró el texto más que obscuro, negro como boca de lobo.

—No, hijo mío... Con el plano, de seguro se entendía... Yo no hice nada, y ahora mi cabeza... Ya ves... ¡Los años!... Pero en Landrey lo entenderás perfectamente, tú que eres muchacho y listo... Guarda esa cajita ¡Guárdala! y véte que es cerca de mediodía, se acaba la hora de locutorio y vendrán á llamarme... Y si cumples lo que me ofrecistes... ¡Dios te bendiga!...

Doña Catalina alargó sus brazos flacos y cogió la bonita cabeza pelicastaña de Gastón, pegando el rostro á la blanca frente juvenil del último de su linaje. Un hielo mortal serpenteó por las venas del mozo; pensó que acababa de besarle un fantasma sin labios.

EMILIA PARDO BAZÁN.

VIDA MILITAR

EL COMPAÑERISMO

Aunque tanto se recomienda en las ordenanzas militares ese sentimiento que pudiéramos llamar profesional y que se define con el título de espíritu de compañerismo, á fuerza de rendirle culto en pasados tiempos, y quizás porque la vida militar ha perdido algo que le era propio, apenas si hoy se tiene siquiera noción de todo su alcance.

El espíritu de compañerismo en la gran familia militar ha sido siempre un noble estímulo que impulsaba al más retraído y timorato á abordar las más arriesgadas empresas. En la guerra como en la paz, el espíritu de compañerismo hacía resaltar en el oficial su propio honor en honor del compañero muchas veces.

Lo mismo para un *barrido* que para un *fregado* de buena ley, jamás se apelaba en balde al compañero. ¿Se trataba de una aventura amorosa?, pues el compañero desempeñaba el papel que fuera preciso representar. ¿Se ofrecía el caso de armar una camorra?, pues se armaba si había que vengar agravio inferido al compañero.

¿Se trataba de un lance de honor?, pues la elección de padrinos era tarea difícil sin ofender á los no elegidos.

Entre los compañeros siempre había alguno que por su carácter reposado veía las cosas á través de su formalidad, y se constituía en consejero de los traviosos. Ellos desempeñaban un gran papel entre los solteros.

La vida de guarnición, cuando el oficial estaba un poco más emancipado que ahora del cuartel (con lo cual, dicho sea de paso, no sé si ha ganado ó perdido la disciplina), era mucho más difícil, por dos razones: primera, porque gozaba menos sueldo, y segunda, porque atendía á sus obligaciones y le quedaba tiempo para participar de los alicientes de las grandes poblaciones.

Sabido es que pocos jóvenes poseedores de fortuna han sentido vocación por la carrera que tantos sacrificios lleva consigo y que, por tanto, pocos contaban con algo más de la paga.

En estas condiciones, los gastos de primera necesidad, reponer el uniforme, algún traje de paisano, el tresillo en el cuarto de banderas, que aprovechaba á los *cucos*, y el café y tabaco diario, eran atenciones más que suficientes para que el más arreglado viviese al día. Y ¿se había de

pasar la vida esperando llegara el día de gozar sueldo de mayor cuantía que le permitiera participar siquiera fuese de los alicientes más legítimos de la juventud? ¿Había de renunciar á hacer el amor á alguna de esas encantadoras loquillas que les brillan los ojos ante la gallardía de un presunto general? ¿Había hecho por ventura voto de castidad?

No era muy fácil comprender tanta tentación, y aquí era ella cuando sacaba los pies de las alforjas. Era preciso apelar al crédito con el compañero que se lo abría, hasta que todos quedaban iguales. Después se recurría al anticipo del cajero, que lo sacaba de algún apurillo hasta la paga del mes siguiente; y cuando este auxilio no bastaba y se ofrecía realizar algo así como echar la casa por la ventana, al *Casino*, y como consecuencia única, al usurero.

Después el delirio. La retención, la mala cara del jefe, que no comprendía las deudas; el desvío de algún *irrepreensible* que consideraba deshonoroso deber; el menor desliz le costaba un arresto en su casa por la primera vez, después en banderas; y es claro, mermado el modesto sueldo con lo que el usurero se llevaba por la renta á razón del 5 por 100 mensual que le producía la *finca* que había adquirido, se necesitaba realizar verdaderos milagros para salir de tan crítica como difícil situación.

En estos casos, el compañero formal era la salvación, si no con el auxilio pecuniario, con sus consejos y hasta convirtiéndose en *padre*.

En otros tiempos el oficial vivía en modesta casa de huéspedes ó en *república*. Las que se organizaban sin un *jefe de Estado* de los formales pronto fracasaban. Entre los asistentes y el desarreglo de los amos pronto daban al traste con la improvisada familia. Los primeros días del mes alegría, banquetes, convidados. Del 10 en adelante aquello era lo que había que ver. Por último, cada uno tiraba por su lado, hasta que daban con quien los metía en cintura. Y ¿quién era el guapo? Pues el compañero formal. Este se hacía cargo del que había perdido el equilibrio económico, y no lo abandonaba hasta que se lo restablecía y le devolvía el buen concepto del jefe, librándole muchas veces hasta de perder la carrera, más bien por falta de experiencia que por indignos (1).

La empresa del compañero formal era siempre de las más meritorias que se podían realizar entre amigos; era verdaderamente paternal. Le administraba la paga de manera que atendía á todas las necesidades del desequilibrado; le reponía las prendas de uniforme ya deslucidas, facilitándole por su propio crédito adquirir otras nuevas; la guerrera y el capote usados sufrían transformación y le servían para las guardias y ejercicios. Hacía que no le faltara café y tabaco diario, y hasta había para ir al teatro alguna vez. Es decir, estudiaba prácticamente un verdadero curso del modo de vivir ordenadamente, circunstancia indispensable en las profesiones poco lucrativas.

Pero cuando el espíritu de compañerismo se convertía en hermosas manifestaciones hasta de abnegación, era en los casos graves. Por ejemplo: cuando un compañero resultaba comprometido.

Recuerdo un hecho ocurrido en la Habana, allá por el año 1872.

Hallábanse arrestados por faltas leves en uno de los castillos de aquella plaza dos oficiales de Infantería.

(1) Por algo no soy partidario de oficiales de diez y siete años.

Cierto día mandaba la guardia de aquella fortaleza un amigo de los arrestados. Claro es, que ni por las causas que originaron el correctivo que sufrían, ni porque la amistad lo había de permitir, había de mantenerlos bajo llave. La cosa no era para tanto. Comieron juntos arrestados y comandante de la guardia, y al cerrar la noche solicitaron les permitiera bajar á la plaza bajo palabra de honor de que al amanecer estarían de regreso en la fortaleza y de que no le comprometerían. Ceder á tal solicitud no era cosa nueva, y el responsable de la custodia de aquel par de revoltosos no tuvo inconveniente en consentir.

Con varios doblones en el bolsillo y dueños de sus personas por una noche, después de vivir algunos días á la sombra, metiéronse en aventuras de las que les fué difícil salir de alguna sin promover escándalo.

Quiso el diablo meter la pata y cayeron en poder del jefe de día, que lo era uno de los coroneles de los cuerpos de voluntarios, quien, después de reprenderles, les ordenó se constituyesen en arresto en la guardia del principal. ¡Y aquí fué ella! ¿Cómo salir de aquel apuro?

¿Habían de confesar la situación en que se encontraban? Imposible. Era comprometer al compañero que los autorizó para salir del castillo.

Pensando en la manera de resolver el conflicto, en vez de cumplir la orden del jefe de día fuéronse al *café El Louvre*, donde suponían poder encontrar algún compañero que se hiciese cargo de arreglar la cuestión. Lo hallaron, efectivamente, y con la suerte de ser uno de los más á propósito para el caso.

—Está bien, les dijo, yo me hago cargo del asunto; pero habéis de presentarse inmediatamente en el principal.

Encaminóse el amigable componedor en busca del jefe de día, á quien se presentó exponiendo en los términos más respetuosos y corteses sus deseos de que dispensara por aquella vez la falta que habían cometido los oficiales constituidos ya en arresto.

Mostróse el jefe poco dispuesto á ceder, y cuando se persuadió de que no era fácil lograr su propósito, empleó el recurso que el espíritu de compañerismo le aconsejó.

—Mi coronel,—dijo—; en la milicia el honor es una religión. Yo he sido el único autor del escándalo de que V. S. cree culpables á mis compañeros. Cometí la cobardía de abandonarlos en el peligro; y como son incapaces de rehuir responsabilidades, mucho menos teniendo que delatarme, de aquí que sea de mi deber hacer esta confesión para que V. S. determine en consecuencia. Es decir, si debe haber algún arrestado, ese soy yo.

—Deme usted esa mano, señor capitán,—replicó el coronel de voluntarios—. Este acto le honra de tal manera, que aun cuando no fuese exacto lo que usted me dice, á un oficial que da tan hermosa prueba de poseer la más sublime de las virtudes militares, no debe negársele lo que usted desea.

Al poco rato los arrestados estaban en libertad.

No los abandonó en toda la noche en previsión de que pudieran reincidir. Los acompañó hasta dejarlos en el camino del castillo, y al despedirlos les advirtió:

—Lo que he hecho esta noche no ha sido por ustedes, porque los que comprometen á un compañero no merecen consideraciones de ningún género. Hubiese llegado hasta donde hubiese sido preciso por salvar la responsabilidad del coman-

dante de la guardia. No le conozco, pero es un compañero y basta.

JOSÉ GONZÁLEZ MARTÍN.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOTECA SELECTA, por Francisco Barado.—*Ronda volante*, episodios, narraciones y estudios de la vida militar.

Que el librito es una joya literaria, pequeña por su tamaño, grande por su mérito, el nombre del autor lo abona. La reputación de Barado es merecidísima, y ha pasado á la categoría de lo indiscutible por haberla consagrado en ocasión solemne el fallo unánime é inapelable de la opinión pública.

Hasta en trabajos ligeros, como los que constituyen *Ronda volante*, demuestra que es un maestro en literatura. En la sobriedad y elegancia del estilo se ve, desde luego, al concienzudo historiador que, acostumbrado á prescindir de galas retóricas para la exposición de la verdad histórica, también la desdeña cuando solamente pretende exponer belleza literaria, con ventaja notoria para ésta, porque cuando es verdadera no necesita de afeites.

Al ver tanto bueno en tan pocas páginas, se advierte enseguida que el autor ha servido á sus lectores jugos concentrados de su privilegiado y sintético talento y fecunda inventiva. Sin efectismos aparatosos y rebuscados, interesa, sorprende y conmueve profundamente. La sencillez encantadora y hermosa de sus narraciones embarga el corazón y el cerebro del lector, haciéndole sentir á aquél y pensar á éste como siente y piensa el feliz narrador.

Con factura fácil únicamente para quien domina el idioma castellano y siente con noble y viril honradez, arranca lágrimas de compasión é imprime indelebles sentimientos de respeto para aquellos valerosos oficiales y soldados de la guardia que prefieren perder su libertad á abandonar al compañero herido y la vida á faltar á la fidelidad jurada á las banderas de la reina Isabel, y persuade al más empedernido positivista de que no hay recompensa que iguale á las cintas de San Fernando que sus compañeros de armas y regimiento colocan en los pechos de los cadáveres de aquellos héroes enterrados en el cementerio de Echarri Aranaz.

¡Cuánta filosofía encierra el diálogo de aquellos dos "corceles de guerra," que compartieron con sus jinetes el heroísmo en los campos de batalla y que, convertidos por los años y los achaques en jamelgos matalones, van á morir en un circo taurino, entre la algazara y el regocijo salvajes de una muchedumbre ebria de sangre como patente muestra de la ingratitud humana!

¡Con qué vigorosos trazos pinta aquellos valerosos y cristianos soldados españoles, mandados por Francisco de Bobadilla, á quien el hallazgo de la imagen de Nuestra Señora la víspera de la Concepción da ánimos para arrostrar y superar los peligros con que hombres y elementos les acosan en la isla de Bommel, probando, como dice Barado con oportuna y feliz, frase que "la fe y el valor, dan por fruto el heroísmo!"

Los amores del autor de las *Noches lúgubres* con la hermosa comedianta María Ignacia; su dolor por la muerte de su amada y sus delirantes propósitos é intento de desenterrar el cadáver

para llevarle consigo y no separarse nunca de él; y el valor con que el desolado amante busca la muerte en el sitio de Gibraltar, están narrados de un modo inimitable en el artículo titulado *Un soldado poeta*.

De transcribir al papel toda las impresiones que todos y cada uno de los artículos que forman la colección en que hasta el título *Ronda volante* está encontrado, como hoy se dice incurriendo en admitido galicismo, me extendería mucho más de lo que me está permitido, y tengo, por lo tanto, que imponerme el sacrificio de no dar rienda suelta á mi entusiasmo y reducir la expansión de éste á un determinado número de cuartillas. Pero, aun á riesgo de excederme de la tara, no puedo menos de encomiar "las postrimerías de D. Juan," de un Tenorio que fué apuesto y garrido mozo, seductor afortunado de hermosas mujeres, y que, á su vejez, se ve burlado y engañado por una esposa liviana y un protegido ingrato, sin que en su ceguedad eche de ver su agravio, incurriendo en la misma estúpida torpeza que aquellos otros maridos de quienes él se burló en otro tiempo.

Interés grande, belleza extraordinaria de forma, profundo conocimiento de la sociedad y de la humanidad y nobleza y bondad de intención, hay en el librito de Barado.

Le envidio su *Ronda volante*, pero con la envidia sana del que quisiera igualar sus méritos, tanto ó más que el *Sitio de Amberes*, por él publicado aún no hace mucho tiempo.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE.

FEMENISMO

«El problema del siglo XVIII fué el hombre; el problema del siglo XIX es la mujer.»

VÍCTOR HUGO.

I

Acaso no hay problema que con más apasionamiento se trate que el relativo á la emancipación de la mujer.

Pocos, muy pocos son los escritores que no siguen la corriente general de zaherir todo lo que sea ó signifique sacar á la mujer del estado de ignorancia y semiesclavitud en que ha permanecido durante muchos siglos, repitiendo la eterna cantinela de que la misión de la mujer es espumar el puchero y reparar calcetines; que la mujer no es tan apta como el hombre para el estudio de las ciencias; que en ella domina el sentimiento sobre la razón, y otros tópicos por el estilo.

¡Escritores hay, en cambio, que abogan por la completa emancipación de la mujer, y no se contentan con menos de que se la declare igualmente apta que el hombre para el desempeño de todas las profesiones y de todos los cargos, incluso la magistratura y la milicia!

¿Quiénes están en lo cierto?

En esta, como en toda cuestión social, hay que buscar un justo medio. Mas, para saber con acierto cuál es éste, es necesario examinar muchos factores y tener presentes muchas concausas de país, clima, temperamento...

Claro es que no hemos de examinar aquí todos los aspectos de la cuestión, pues su exposición y estudio es asunto vastísimo y propio de un libro de información.

En los límites que consienten los artículos periodísticos, haremos hoy un poco de historia, con

el deseo de informar á nuestros lectores del camino que han recorrido en breve tiempo los partidarios de la ilustración y emancipación de la mujer.

II

La instrucción de la mujer ha sido siempre, salvo contadas y honrosas excepciones, muy incompleta, pues se reducía á aprender á leer, escribir y las ligerísimas nociones que puede adquirir un niño de ocho años en la escuela.

En el último tercio del presente siglo, empezaron á crearse instituciones para la enseñanza de la mujer, habiendo adquirido en pocos años un desarrollo tan progresivo, que sólo su mención sería tarea interminable.

La sociedad industrial de mujeres, fundada en Viena en 1866, abrió en 1874 escuelas y talleres para la enseñanza profesional de las mujeres, y tanta aceptación tuvo, que otras muchas ciudades del imperio crearon escuelas análogas.

El ejemplo de Viena fué imitado por todas las capitales europeas, y hoy sabido es que aun en Madrid, además de la Escuela Normal de maestras, hay varios centros docentes donde la mujer puede hacer con provecho toda clase de estudios.

La ilustrada Marquesa Duferín creó en las Indias, en 1885, una Asociación destinada á dar á las mujeres indias la enseñanza para el ejercicio de la Medicina en los hospitales de mujeres. En nueve años han sido construídos setenta hospitales, donde practican doce doctoras, cincuenta cirujanas y otras tantas ayudantas. En las doce Escuelas de Medicina cursan actualmente los estudios más de trescientas alumnas.

Suscrita por las *madres de Ginebra*, fué dirigida en 1872 al Gran Consejo de Ginebra una solicitud en demanda de la admisión de las mujeres en la Universidad. La demanda fué aprobada. El año 1876 sólo hubo una alumna; pero desde entonces hasta el 1884 este número fué aumentado hasta el de veinticuatro.

Análogo crecimiento han tenido nuestros Institutos y Universidades respecto al número de alumnas matriculadas.

Pocos países aventajan en este particular á Varsovia, que cuenta hoy con siete escuelas industriales para mujeres. En una de ellas se enseñan treinta oficios y se reúnen unas seiscientas alumnas. Allí se aprende, además del francés, inglés, alemán, castellano, etc., la contabilidad, la escultura en madera, el grabado, la fotografía, la relojería, la bisutería, la sombrerería, etc. etc. Hay varias doctoras que ejercen la Medicina y algunas, como la señora Dorbska, con tal inteligencia y acierto, que gozan hoy de merecida reputación científica y tienen una gran clientela.

El número de escritoras en todos los países se ha multiplicado también en estos últimos tiempos, habiendo hoy periódicos redactados exclusivamente por mujeres.

III

La historia de la emancipación de la mujer puede decirse que empieza á fines del pasado siglo, á raíz de la revolución francesa, pues cuando ésta hizo la célebre proclamación de los "Derechos del hombre," Rosa Lacombe y Olimpia de Gouges, al frente de un numeroso grupo de mujeres, fueron á la Asamblea nacional en demanda de que se hicieran extensivos á la mujer los derechos reconocidos al hombre.

Es verdad que la petición no fué aprobada; pero

las pretensiones se han renovado desde entonces en todos los países con varia fortuna.

A mediados del presente siglo, y como contraste con el entonces dominante romanticismo, púsose sobre el tapete é hizose cuestión del día la reivindicación de los derechos de la mujer, contándose entre los más fervientes apóstoles defensores á Víctor Hugo, George Sand, Angélica Arnaud, Eugenia Niboyet... en Francia, y Stuart Mil, Lloid Garrison... en Inglaterra.

En este movimiento están comprendidos, además de los libros de verdadera controversia, las novelas y dramas que en Inglaterra, Suecia, Po-

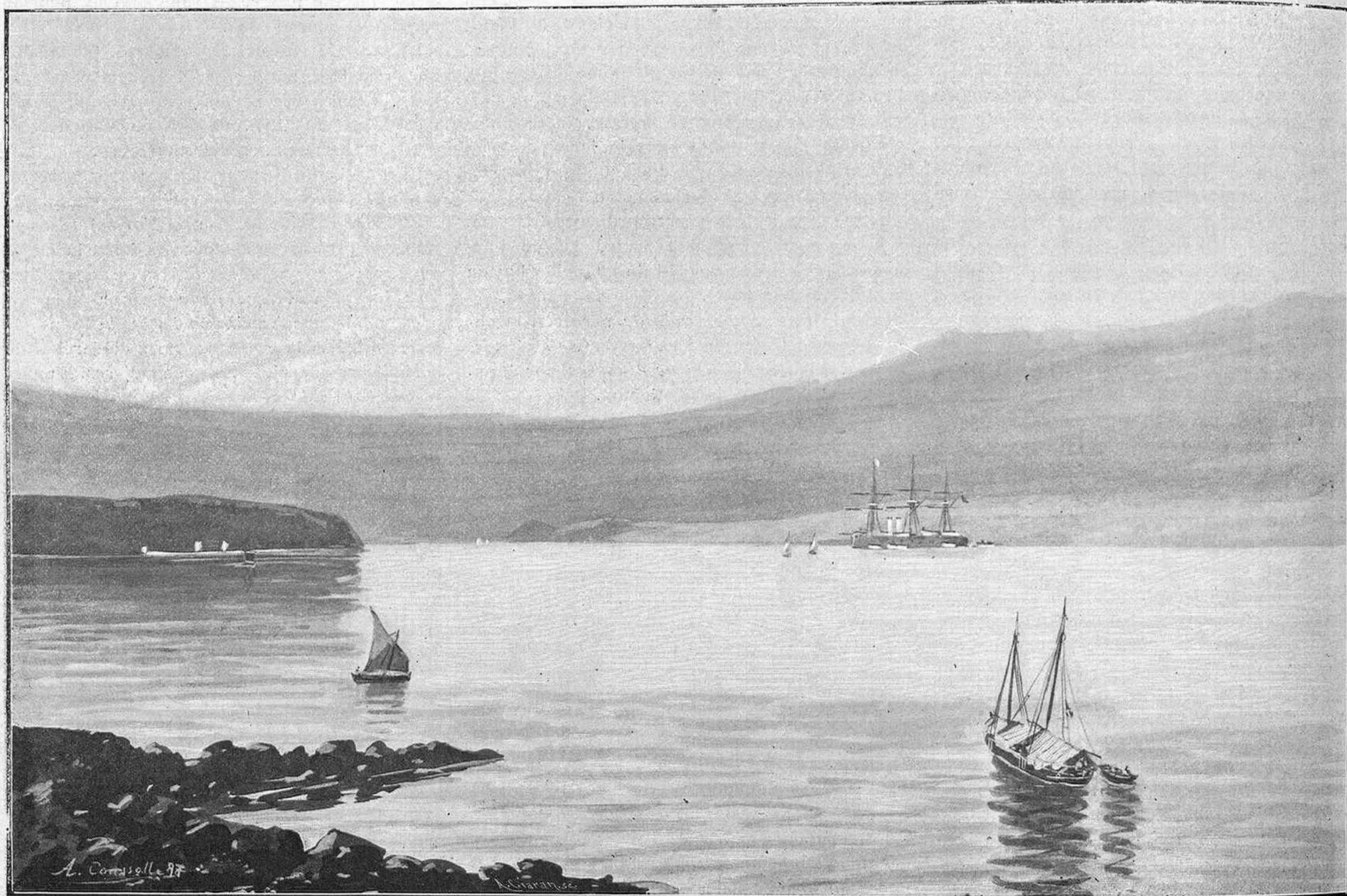
poco conseguir, realizar la fusión de las diferentes Asociaciones de emancipación de la mujer, y organizar la "Federación de las mujeres de ambos mundos." El objeto principal de esta federación es preparar el Congreso universal de los derechos de la mujer que se reunirá en Londres el próximo año 1898.

Vemos, por lo anteriormente expuesto, que pasaron para no volver los tiempos en que á la mujer la era casi imposible adquirir más instrucción que la que aprendía en la escuela, ni podía ocuparse en otra cosa más que en las "labores de su

cepción por la regla. Es más: se nos figura que la marisavidilla y el marimacho son productos de los países donde impera la ignorancia y la opresión.

También es vulgar la creencia de que la libertad en la mujer está en razón inversa de su virtud, sin tener presente, entre otros muchos hechos que desmienten esta opinión, el de que la mujer del campo es la que, entre todas las clases de la sociedad, tiene más libertad, y sin embargo, acaso, y sin acaso, es la más honrada.

No olvidemos también que la tendencia de la mujer por reemplazar al hombre en el desempeño



LAS ISLAS CIES.—Acuarela presentada en la Exposición de Bellas Artes por la señorita doña A. Coussolle.

lonia, Francia y aun en España se publicaron en reivindicación de los derechos de la mujer, novelas y dramas algunos de los cuales alcanzaron gran fama, causaron profunda impresión y apasionaron vivamente los espíritus.

Desde entonces acá ha seguido este movimiento y las naciones han hecho algunos ensayos concediendo á la mujer limitados y determinados derechos, y si bien aún no se ha llegado en este punto á la igualdad para ambos sexos, es sabido que en los Estados Unidos la mujer goza de casi los mismos derechos que el hombre y desempeña y ejerce cargos muy importantes, y que en los países de Europa, ya que no posea casi ningún derecho político, tiene innumerables derechos civiles de que hasta ahora había carecido.

A recabar los que le faltan tienden los esfuerzos de miss Wilson que del Canadá ha venido á París y ha conseguido en poco tiempo, que no es

sexo, como aún sigue poniéndose en las casillas de los empadronamientos.

Esta mayor ilustración y esta intrusión de la mujer en el desempeño de muchos cargos que han sido privativos del hombre, ¿es un mal? ó ¿es un bien?

¡Tente pluma! y deja al cuidado de otras más aceradas el dar la respuesta, no sea cosa que te enajenes las simpatías del bello sexo si abogas por la semiesclavitud que "disfrutó," la mujer durante tantos siglos, ó caigas en el anatema de la escuela reaccionaria si, por el contrario, te pronuncias en favor de su libertad; además de que tu trabajo de hoy se reduce á exponer hechos.

Dícese muy frecuentemente que la instrucción suele convertir á la mujer en marisavidilla y la libertad en marimacho; pero en esto, como en otras muchas cosas, nuestro temperamento meridional, que tiende á exajerarlo todo, toma la ex-

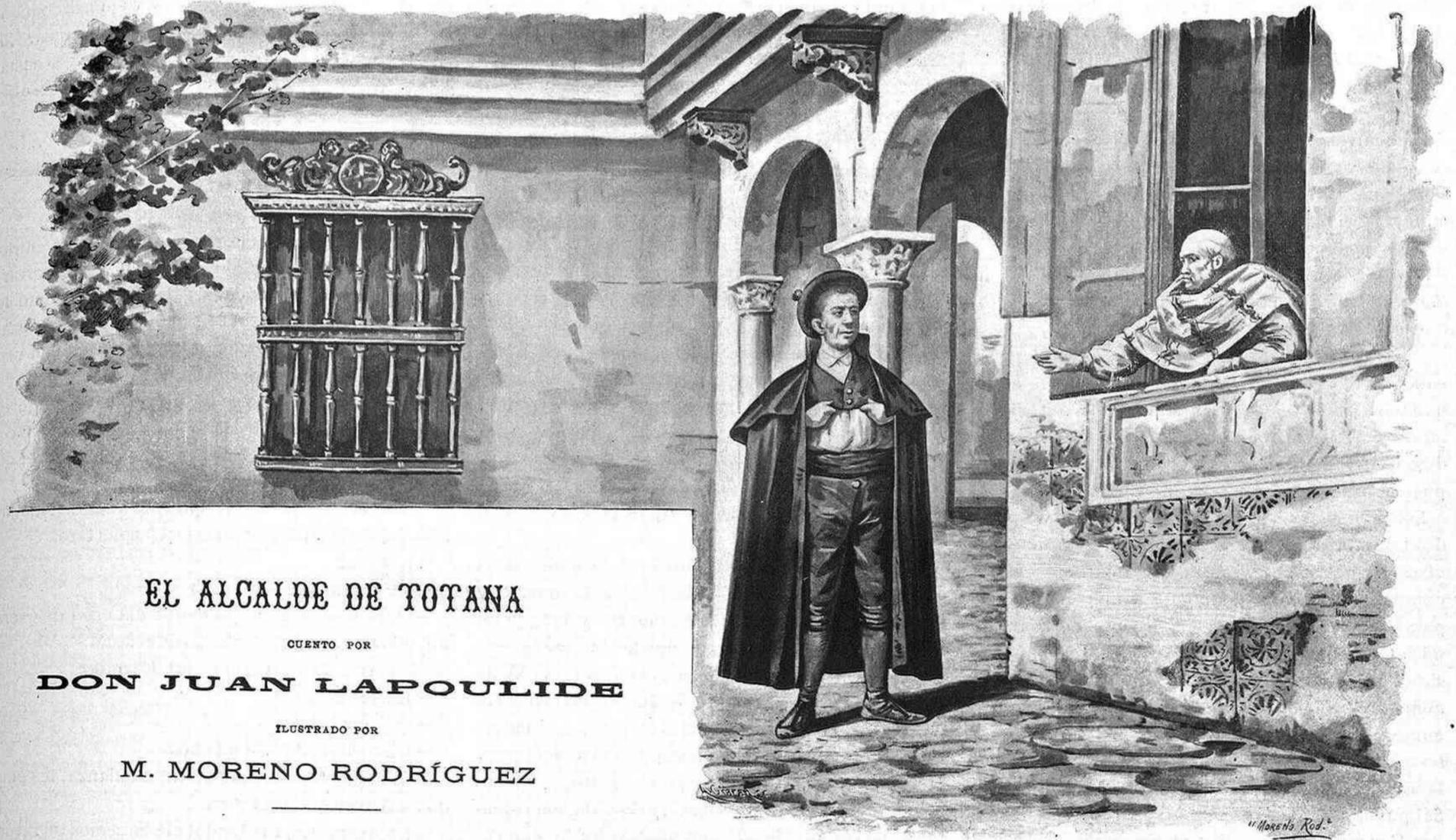
de muchas ocupaciones, no es sino una justa revancha del egoísmo que el hombre ha tenido al monopolizar para sí todos los empleos y todos los cargos, algunos de los cuales, por su carácter de sedentarios y de fácil desempeño, son más propios de la mujer.

Una última observación hemos de hacer.

La historia de la emancipación de la mujer nos enseña que el movimiento ha empezado siempre en los países del Norte, que han alcanzado mayor grado de civilización, y que en los pueblos del Mediodía, á medida que van adquiriendo mayor grado de cultura, la mujer va poco á poco saliendo del marasmo en que ha vivido, y, con una mayor educación é instrucción, se hace más apta de los derechos que ya tiene en los pueblos más adelantados.

EUGENIO GARCÍA GONZALO.

1898



EL ALCALDE DE TOTANA

CUENTO POR

DON JUAN LAPOULIDE

ILUSTRADO POR

M. MORENO RODRÍGUEZ

I

Muy apreciable señor, que hubo de morir de pena porque le sacaron el chaleco bastante corto á un amigo suyo.

¿Quién no conoce esa historia, que algunos varían, atribuyendo tal derroche de *altruismo* á otro no menos apreciable munícipe: el famoso Corregidor de Almagro?

Pero á mí me consta, por haberlo averiguado en archivos y bibliotecas, que fué en Totana donde ocurrió el lance y que el interfecto empuñaba á la sazón (y en vida, se entiende) la recta vara símbolo de autoridad en nombre del Rey Nuestro Señor (q. D. g.).

No llenaré cuartillas, aunque podría hacerlo, con los datos, de todo punto fidedignos, que acreditan la existencia del buen Alcalde. Y le llamo bueno porque lo era, á fe, si bien tuvo la desgracia de no ser comprendido por las gentes de su tiempo, en lo cual le sucedió lo que á todos los precursores. Porque como uno de éstos aparece á mis ojos. Sí, uno de esos precursores que nunca faltan á las ideas productoras de las transformaciones sociales.

El Alcalde de Totana, que se murió... por lo que dicho queda y todos saben, *precurseó* (¡perdonen por el verbo!) á la sociedad presente á la manera que ciertos filósofos de la antigüedad hicieron lo propio con el cristianismo. Y basta de filosofías.

Pues lo interesante es saber cómo y por qué dió la vida aquel modelo de amigos... y de Alcaldes, extremando su caridad, su amor al prójimo algo más de lo que manda el Evangelio.

Y eso precisamente es lo que voy á referir.

II

Pues señor, érase que se era Alcalde de Totana á fines del siglo XVIII el Sr. Juan Antonio Peláez, ni noble ni tan siquiera hidalgo, pero sí labrador

rico, cristiano viejo y con todas las condiciones que la ley y las costumbres exigían para considerarlo de *condición* HONRADA.

Temeroso de Dios, sin dar en beato; fiel servidor de la Monarquía (que alcanzó á ver encarnada sucesivamente en los dos ó tres Borbones de aquel período y, por último, en el bonachón Carlos IV); español, sin mezcla de adobos extranjeriles; de sano cuerpo y conciencia ancha para los demás cuan estrecha para sí mismo; con una palabra que ni la del Rey y unos puños que hacían llegar la vara así á las costillas del gañán más pendenciero y alborotador como á la bolsa del hidalgüelo ó del ricachón más enemigo de todo lo que fuese abrirla para pagar alcabalas, diezmos y demás gabelas, he aquí el retrato de aquel señor Alcalde, que para nuestro Madrid fin de siglo y fin de muchas cosas más y principios del disloque lo quiséramos

Y sucedió que, efectivamente, su vecino y compadre Pedro Fermín García, alias el tío *Trabajos*, hubo de encargar un traje al único maestro Tijera que había en el pueblo, dándole el paño, que compró meses atrás en la feria de Murcia, y el *buen* sastre (ó malo), bien por equivocación de medidas ó por largor de uñas, el caso es que le sacó excesivamente corto el tal chaleco.

—¿Un chaleco?—preguntarán algunos.—¿Un chaleco á fines del siglo XVIII y entre la gente labradora de aquel país? Pues qué ¿usaban ya esa prenda en España?

A lo que responderé que sí, y hasta podría dar á los preguntones un curso ateneil sobre la historia del *gileco*, *xaleco*, *jaleco* y *chaleco*, que de los cuatro modos, y aun tal vez de más, cabe decirlo, en el cual les probaría que es una prenda sin faldas ni mangas y que su nombre procede del árabe *djalika* y del hebreo *yelek* y del sanscrito..., por que los chalecos son muy antiguos en el mundo. Griegos y romanos los vestían y no falta quien diga que ocuparon buen lugar en el guardarropa

del arca de Noé. Lo que se ignora es cuándo los hicieron con solapas.

En fin, y dejando aparte toda disquisición histórico-indumentario-etimológica, que el maestro Tijera puso poco paño ó mucho de su apellido en el chaleco del tío *Trabajos*, hecho es que no admite discusión. Ahora lo que falta saber es qué efecto produjo tal lance en el Sr. Juan Antonio Peláez, Alcalde y honra y prez de la villa de Totana.

Quien, como dicho queda, se anticipó á la sociedad de nuestros días en lo de morir por cosa que no le importaba un rábano. Que es precisamente lo que les pasa á mis *coevos*, según diría quien yo me sé.

Y he aquí explicado en pocas palabras por qué lo calificué antes de *precursor*.

III

Y á todo esto sigo sin referir cómo aconteció la muerte de mi héroe; es decir, del héroe ó protagonista de la presente historia; porque está visto que en poniéndome á divagar y á divagar, me pasa... lo mismísimo que le sucedía al buen Alcalde en casi todas las cuestiones, y lo que le ocurrió al volver á meterse en la cama después, no de lucirse en ninguna verbena, sino de salir de entre sábanas al amanecer de un día de Enero, obligado por las voces que desde la calle le daba su vecino y compadre, Pedro Fermín.

—Señor Alcalde—decía éste.—Salga su mercé un momento. Asómese al ventano.

—Pero, ¿qué pasa?, hombre.

—*Na*; que se asome *pa* ver una cosa.

—Ya voy, tío *Trabajos*, ya voy, y Dios le perdone los que me da.—¿Qué es lo que he de ver? (Esto lo dijo ya desde el ventano).

—¿Qué le *paece* á su *mercé* deste chaleco? ¿Es largo ú corto?

—Mia tú. ¡Y pa eso me haces levantar! ¡Conde-

Moreno Rod.

nao! Pero deja que lo vea: *dende* aquí no distingo bien... A mí me parece algo corto.

—Ya lo *icia* yo. Maldito maestro Tijeras.

—Na; dile que te lo alargue *ú* que te *guelva* los cuartos. Que lo mando yo.

Y mientras Pedro Fermín salía disparado á exigir ó más tela ó el dinero, el Sr. Alcalde volvióse á su cama, tiritando de frío, y sin que, á pesar de hallarla calentita, le fuese posible al hombre volver á conciliar el sueño.

Porque acostarse y comenzar á meterse en un *dedal* (como dijo el otro) de cavilaciones que lo despabilaron de golpe, todo fué uno.

Verdad pareciale que á su vecino le habían sacado corto el chaleco; mas asunto era este en el que para nada tenía que intervenir la autoridad municipal, mientras el sastre lo apañara ó no se demostrase malicia en él. Pero, ¿y si en la prenda puso el *artista* toda la tela que recibió?

Este era el aspecto jurídico de la cuestión; pero de él pasaba á mirar las cosas desde otro punto de vista, el puramente estético, y aparecíasele su compadre, ora con el chaleco á una cuarta del pantalón y saliéndosele por entre uno y otro la camisa formando bolsa, ya con otro chaleco larguísimo que parecía una chupa... Y á todo esto no le abandonaba la siguiente idea: ¿Quién ha fijado y cómo y dónde la largura que deben tener los chalecos? ¿Por qué no ha de llevarlos cada cual como le viniere en gana? ¿Qué les importa á los vecinos del pueblo ni á su Alcalde que el chaleco de Pedro Fermín García, alias el tío *Trabajos*, tenga dos dedos más ó menos de longitud, mientras el hombre se sienta á gusto con él?

Y así cavilando y cavilando sobre la estupidez de las gentes que se preocupan por el chaleco que lleva el prójimo, y afligiéndose porque la humanidad fuese tan necia y maldiciendo de tales cosas, complicósele al Sr. Juan Antonio Peláez todo aquel coraje con una pulmonía doble que pescó al levantarse de la cama y salir al ventano á ver el chaleco de su vecino, y antes de tres días estaba el infeliz de cuerpo presente, corriéndose por todo el pueblo y quedando en él la fama de que lo mató la cortedad del consabido chaleco.

IV

Moraleja: A las gentes de hoy, como al Alcalde de Totana, maldito lo que les interesa el fondo de las cosas; pero eso sí, se han de quebrar los cascos discurrendo por qué los demás piensan de tal ó cual modo sobre ellos. ¿Remediar el mal? Ni por pienso. ¿Sentirlo? Menos aún. Pero secarse el cerebro cavilando de qué manera discurren los otros hombres en la misma cuestión, eso sí, y morir sin haber sacado nada en limpio, también.

Mientras los vecinos y compadres se pasean por ahí con el chaleco largo ó corto ó según les da la gana.

LA PIEDRA

—La guerra es la *lucha por la existencia*, me han dicho. Que para vivir unos han de morir otros, que los fuertes vencen á los débiles, también me han dicho esto, pero yo he visto otra cosa. Yo he visto que el ciclón arranca los árboles de grueso tronco y respeta á los arbolillos, porque éstos fueron *humildes* y se inclinaron respetuosamente al paso del ciclón. El arbolillo es la humildad, que

inclinándose vence; el tronco es el orgullo, que resistiendo muere.

Mañana me fusilan. ¿Será mi muerte la del tronco orgulloso? ¿será mi derrota la del arbolillo?

Pero ¡Dios mío! ¿quién es el hombre para matar al hombre? ¿es una fiera que lucha contra otra fiera? Pues acabemos; vencido en la lucha, aún me defenderé. ¿Cuándo se entrega el león? ¿Se entregaría el cordero si supiera la muerte que le esperaba? Mi resistencia será inútil, pero no dejo el paso libre. ¿Quiéren pasar? que pasen por cima de mí, que salten el obstáculo que les presento. ¡Quién sabe si el puntapié acabará en tropiezo! Hay puntapiés que son tropiezos. Yo soy *la piedra*, conmigo han tropezado, y veremos quién es el vencedor. El ciclón, que vence al grueso tronco, no puede con el bloque, y cuando respeta al arbolillo levanta nubes de arena. La Naturaleza no se contradice. Si el bloque es vencido, su masa se convierte en proyectil. Yo soy el bloque. ¿Quién morirá por mi derrota.

El aire riza las olas, y el aire no se moja; besa el agua sin mojarse. La vida besó á la muerte, y no murió. Mañana vendrá la muerte y besará mi vida; mi vida *se risará*; en oleadas inmensas será transformada, mi cuerpo será el naufrago. ¡Ay de las costas donde el mar de la vida se estrella! La guerra es la lucha, es el oleaje de la vida, la muerte es el huracán que *revuelve* la existencia pero no la mata. Cuanto mayor es el viento, el oleaje es mayor; cuanta más guerra, más vida, más oleaje; á mayor oleaje, mayor naufragio: la muerte trae la muerte, como el huracán el naufragio.

¡Mañana me fusilan! ¡Dios mío! ¿Lo que la Naturaleza enseña no es verdad? ¿Moriré yo para siempre? ¿No será mi muerte tu derrota, cielo santo? ¿Cómo te quita el hombre lo que le has dado? ¿Es el hombre más que Tú? ¿Das Tú la vida y él la roba? ¿Eres Tú el Dios omnipotente, que te dejas vencer por el hombre, ó es que entregas el hombre al hombre? Los animales son más felices que nosotros, porque no saben que se tienen que morir. Si nacimos sin saberlo, ¿por qué sabemos que morimos? Si nos hace falta saber nuestro fin, ¿por qué nos hace falta? ¿Por qué este tormento mío que me desgarrá ahora las entrañas y que es más amargo que la muerte misma? Un balazo en el corazón, ¿qué me puede hacer sufrir? La muerte será instantánea. Si estando durmiendo me segaran la cabeza, ¿sufriría más que ahora? ¡Pero matarle á uno sabiendo que le matan! ¡Ver la muerte llegar es cien veces peor que la muerte! No me espanta la muerte, me espanta la muerte *eterna*. Si el animal no concibe la eternidad, ¿cómo puede temer á la muerte? Si el hombre, antes de morir, ya ve lo eterno, ¿cómo no ha de espantarse ante la muerte?

Ahora pienso, ahora respiro, ahora vivo, ahora veo allá lejos á mi pobre familia, á mi padre... ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre mío!... Tú no sabes que en el fondo de este calabozo pocas horas de vida me quedan ya. Mañana tú soñarás conmigo y mañana yo estaré en la eternidad. Estas paredes de piedra no me impiden ver á mi madre rezando y pidiendo á Dios por mi vida. Dios ve á mi madre y me ve á mí y nos verá también mañana, cuando mi cráneo, atravesado de un balazo, estalle para siempre. Mientras mi madre reza yo me muero: ¿qué es esto, Señor, qué es esto? ¿Dónde está la justicia, dónde la ciencia, para qué la razón, por qué puede el hombre ver á su madre muy lejos, muy lejos? ¡Ay, madre de mi alma! Sobre tu pecho se estrellará mi vida, porque en el pecho de las madres, de los padres, de los hijos, de las familias, se estrella el

oleaje de la guerra. ¡Quién me diera morir contigo abrazado, madre mía! Perdí toda esperanza. No esperes ya á tu hijo, madre, no le esperes hasta que la ola de su vida llegue á tí. Espera el beso de tu hijo, la ola le lleva, ¡la ola, la ola!

.....
Y el prisionero cayó sin sentido en el suelo de su calabozo.

Después de muchas horas, unos hombres entraron, y creyéndole dormido, trataron de despertarle á puntapiés. No lo consiguieron. Al pronto le tomaron por muerto, pero viendo que su corazón latía un poquito llamaron á un médico, quien con su ciencia logró despertarle.

—¡Eh! Buen hombre, despierta ya—le dijo el médico.—¿Qué te ocurre? Hay que ser más fuerte... ¿No me respondes? ¿Estás tonto? ¿Dí, hombre, di!

—¡La ola!

—No estamos en el mar, querido amigo. Estamos muy lejos de navegar ahora ¡Despiértate!

—¡La ola!

—Te repito que aquí no hay oleaje.

—Doctor—dijo uno—la mejor ola creo que será un cubo de agua, á ver si despierta.

—Dejarle. Creo que no está dormido.

—Entonces, ¿qué?

—Que está loco.

—Le fusilaremos lo mismo.

—Si lo hacen ustedes por desconfianza, les puedo asegurar que está loco.

—Lo mismo da; fusilándole le hacemos un favor.

—¡Las leyes!

—Aquí no hay más ley que acabar con los traidores.

—Es enemigo, pero no es traidor que sepamos.

—No hay más que hablar. Arriba con él.

—¿Y dicen que está loco?—dijo un soldado.—No se le debe fusilar entonces. ¿No pensáis vosotros lo mismo?

—Sí, pero lo manda el capitán...—otro respondió.

—Aunque lo mande; es injusto.

—Injusto ó no, hay que obedecer.

—Es un bárbaro el capitán. También dicen que trata al pobre loco á puntapiés, y que el loco no protesta, se aguanta y calla, ó responde solamente palabras sin sentido: ¡*La ola!* ¡*La piedra!* ¿Qué querrá decir con eso? ¡Pobre loco! Es muy bestia el capitán.

—Ten la lengua, porque te vas á caer.

—¿Me vais á delatar vosotros?

—Que te vas á caer, no hables más.

—Ya veremos quién es el que se cae.

—Por lo pronto el reo, luego...

—Ya lo veréis.

—Lo veremos.

—¡De rodillas!

—Yo soy *la piedra*.

—De rodillas he dicho.

—Yo soy *la ola*.

—¿No quieres arrodillarte? Lo mismo me da. ¿Estamos listos?

—¿Quiénes son esos?

—¡De rodillas, imbécil!—Y el capitán le dió al reo un puntapié que lo echó á rodar.—¿Te podrás estar quieto, traidor? ¿Quieres que te traten como á un gazapo?

—Has tropezado con la piedra—contestó el loco.

—Has acabado tu vida—respondió el capitán.— ¡Apunten!... ¡Fuego!

Y el loco cayó, retorciéndose como una culebra. El capitán se acercó entonces para ver al infeliz, por si hacía falta rematarle. Le dió con el pie... y se oyó un tiro.
El capitán cayó sobre *la piedra* para no levantarse más.

FRANCISCO IÑESTA.

10 Julio 97.

HABLADURÍAS

—Eso de las salidas á provincias no ocurría en otro tiempo: los hombres políticos y los primeros actores no tenían salidas durante el verano: verdad es que eran otros hombres políticos y otros artistas.

Este que hablaba era un cómico de caminos, á disposición de los tribunales; digo, á disposición de las empresas.

—Salen los cuadros de los principales teatros de Madrid á recorrer los de provincias; hasta los de segundo y tercer orden; ponen todas las obras que han estrenado en Madrid durante el año; porque los autores les conceden la exclusiva—continuó el lastimado artista.—Después forma usted compañía, toma un teatro de esos donde han trabajado las eminencias, abre el abono, y no acude ni un indígena bravo. Luego vienen las comparaciones y los *abucheos* á honrados padres de familia teatral...

“Hoy hasta los matadores de toros imponen salidas á las empresas.”

En otro tiempo salían pocas personas y bien acomodadas y por lujo.

A descansar un par de meses y tomar las aguas ó los vinos.

Ahora salen las gentes con su cuenta y razón. Con la marcha de Mr. Taylor nos quedamos sin sastre, como quien dice.

La mayoría de los artistas públicos y de los especialistas en medicina acuden á San Sebastián en verano.

Ya lo verán ustedes en los periódicos.

“El doctor Sparavani ha salido para San Sebastián, donde se propone prestar sus indispensables servicios á toda la colonia madrileña y á las extranjeras.”

“Que quieran ó no,”—debió añadir el anunciante.

Las modistas que se estiman en algo, salen y lo anuncian

“María la *fashionable*, la simpática profesora en el corte, avisa á su aristocrática y opulenta clientela de señoras, señoritas *and company*—quiere decir: y familia—que, durante los meses de Julio, Agosto y Septiembre, se traslada á San Sebastián—¡tres meses de traslado!

“Allí continuará dando gusto á sus distinguidas favorecedoras con el mismo arte que en Madrid y sin abusar.”

Un profesor dentista se despide de esta capital para la de Guipúzcoa.

“El eminente profesor odontológico y odalisco Sr. Muñoz, se despidió anoche del público de Madrid con un espléndido *lunch* dedicado á sus amigos, dentríficos ó no, y á varios representantes de la prensa.

„El Sr. Muñoz sacó varias muelas y dientes á las personas allí reunidas, sin interés alguno.

„La agradable velada terminó á las doce de la noche.

„Deseamos al ilustre profesor que en San Sebastián no se quede sin muelas.”

El ejemplo es incitante.

El zapatero de un portal próximo al de mi casa anuncia en letras como botillos:

“El día 15,00 se trasladará “el maestro,” á Santander, donde pueden recoger su calzado las personas que tienen encargada alguna obra, bien sea de remonta, bien de nueva invención.—Manolo.”

De los autores de remontas para teatro no hay que decir:

“El conocido autor de *Pichichi*—pasillo original con música, también de pasillo ó de *Pichichi*—salió ayer para un pueblecillo del Cantábrico, donde piensa terminar la obra que lleva pendiente y de la cual, aunque sin conocerla, hemos oído muy buenas noticias.”

“El maestro X salió ayer de Madrid instrumentando un libreto de zarzuela en un acto y doscientas representaciones del popular N. N.”

¡Qué vida la de los *reporters* encargados de perseguir á sus favorecedores en la emigración!

„En el tren de la mañana llegaron ayer á San Sebastián los marqueses de..., con su precioso niño Rudesindo, hijo espontáneo de los mismos; la señora condesa viuda del difunto conde..., con su perrito inglés; la familia oficiosa del señor...”

„En el segundo tren vinieron: los artistas de la compañía de zarzuela con las respectivas mamás de las tiple y de otras partes del bello sexo.

„Han llegado y se hospedan en la Zurriola varias damas portátiles y algunos jóvenes con aspiraciones á los bolsillos donostiarras ó madrileños, nacionales y extranjeros.

„También han llegado los toros para la primera de las corridas anunciadas.

„Al parecer, son bravos, codiciosos, nobles y certeros y de mucho poder.”

Pero sobre todos esos especialistas y pedicuros y dentistas que salen á ejercer por los pueblos, como quien dice, son los más cómicos!

Persiguen á sus clientes hasta la mar, para prestarles sus servicios.

Esto era inusitado hace pocos años.

Un vendedor de periódicos ó periodista, según dice su novia, también dedicada á la prensa, se despidió de mí ayer tarde para el varaneo.

—¿Quiere usted algo para *Guernikaco arbola*?—me preguntó.

—¿Qué? ¿Vas á veranear?

—Sí, señor; voy á San Sebastián á vender periódicos de Madrid: en verano se vende más allí. Como que estamos todos allí.

Para salida la de un hombre político, muy conocido, hablando con un personaje de la situación.

—¿Y si perdiéramos la isla?

—Figúrese usted ¿qué nos quedaba que hacer?—preguntó el personaje.

A lo cual respondió el otro:

—Perder Filipinas.

EDUARDO DE PALACIO.

ARTES GRÁFICAS

Fotografado, zincografía, cromotipia, etc.

ALFONSO CIARÁN

QUINTANA, 34, HOTEL

MADRID

J. Méndez.—Gran estudio y taller de fotografía, fotografado y fototipia, ampliaciones, reproducciones, pinturas al óleo y á la acuarela, reproducción de cuadros del Museo de Madrid, vistas interiores, fotografías instantáneas de noche, con aparatos especiales para salones, círculos, teatros, etc., retratos en tamaño de hoja, desde 25 pesetas.—Se entregan retratos en cincuenta minutos. Esmaltes de todos tamaños. 12 retratos sellos, 1,50 pesetas.—29, Preciados, 29, Madrid.



El ideal para las señoras es tener una bella encarnación, y esa tez mate y aristocrática, signos de la belleza. Ni *arrugas*, ni *granos*, ni *pecas*; la epidermis sana y limpia; tales son los resultados obtenidos con el empleo combinado de la *Crema Simón*, de los *Polvos* y del *Jabón Simón*. Exigir bien la *Crema Simón*, y no otros productos similares.

Austria y Hungría.—Sociedad mutua de seguros contra incendios, heladas, granizos, toda clase de ganados y la vida humana. Se gestionan préstamos á los asegurados, al 6 por 100 anual.—Madrid, Preciados, 23.

L'Union.—Compañía francesa de seguros contra incendios, fundada en 1828. Capital social, reservas y primas á cobrar, noventa y cinco millones de pesetas. Sucursal española, Barcelona, paseo Colón y Merced, 20, 22 y 24, principal. Director, D. E. Gès.

La Previsión.—Primera compañía española dedicada exclusivamente á seguros sobre la vida, á prima fija. Dormitorio de San Francisco, 8, principal, Barcelona.

Academia preparatoria para el ingreso en las Academias militares y todas las carreras especiales.—Director, desde la apertura en 1881, D. Wenceslao de Castillo-elejabeitia Navarro, maestro de cadetes (que ha sido) en varios regimientos hasta la supresión de aquéllos en los Cuerpos de Infantería en 1871, Profesor en las Academias de cadetes de distrito, desde la creación de aquéllas en 1871 hasta la disolución en 1874, por oposición en la de Infantería (Toledo) desde 1875 á 1881.—La matrícula está abierta todo el año, de diez á dos, en la casa habitación del Director, Reyes, 27, primero.—Los honorarios se satisfacen por meses completos y adelantados. Academias militares: Aritmética, Algebra, Geometría y Trigonometría, 36 pesetas. Francés y Dibujo, 15 ídem. Clases particulares. Clases de repaso. Honorarios convencionales.

Saldo de alfombras, yutes y otros géneros.—Calidad superior y precios económicos.—M. Mas.—22, Carretas, 22.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 años de éxito y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos empleese el *PILIVORE DUSSE*, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Gran Hotel de Rusia.—Establecimiento de primer orden.—Luz eléctrica, teléfono, baños, etc. Restaurant para 400 cubiertos.—Carrera de San Jerónimo, 34.

La Urbana.—Compañía anónima de seguros contra incendios, sobre la vida y de accidentes de coches y caballos. La más antigua en España.—Representación general: Puerta del Sol, 10; Preciados, 1, Madrid.

Crédit Lyonnais.—Fundado en 1863.—Capital, 200 millones de francos.—Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes.—Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

Enfermos del estómago.—No nos cansaremos de recomendarles que si se quieren curar su afección, hagan uso del tan justamente acreditado preparado *Estómago artificial* ó polvos del Dr. Kuntz, y empezará la mejoría á la primera toma.—Arcenal, 2 y en las farmacias.

Hoteles de Roma en Madrid y en Málaga.—Madrid, Caballero de Gracia, 23.—Ascensor, luz eléctrica, entrada de carruajes hasta el vestíbulo.

Málaga, Puerta del Mar, 26.—Ascensor, luz eléctrica.

Café de la Montaña.—Lo más notable de Madrid. Puerta del Sol, núm. 1, y Alcalá, núm. 2. Es el punto de cita de la colonia montañesa. Servicio de primera clase.

La Gresham.—Compañía inglesa de seguros sobre la vida y rentas vitalicias.—Dirección de la sucursal de España, calle de Alcalá, 23, Madrid.

Vapores de D. Pablo María Tintoré y Compañía, de Barcelona.—Francali, Turia, Tintoré, Terdera.—Viajes de Liverpool á Barcelona, con escalas en los puertos de la Península.—Oficinas: Pasaje del Comercio, 1 y 3, 1.º—Barcelona.

Academia de billar, Plaza de Santa Ana, 7.—Grandes partidos todos los días, desde las tres de la tarde, por profesores franceses y españoles.

Dinero sobre alhajas y efectos que convengan.—Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

Imp. de los Hijos de Alvarez, Ronda de Atocha, 15.—Teléfono 899.

Agente general para los anuncios franceses: **M. F. MUS, RUE LOUIS ROLLAND, 17, Grand Montrouge près Paris.**

Palacio del billar.—36, Alcalá, 36.—Todos los días grandes partidos entre profesores españoles y franceses. Diez y siete mesas de billar de gran precisión.

NUEVO CAFÉ DEL SIGLO XIX MAYOR, 18

Café especial exquisito, salido de la máquina Grouard, con privilegio y traída expresamente de París.

Grandes conciertos con profesores del teatro Real, los jueves y domingos. Cocina de primer orden, con platos especiales.

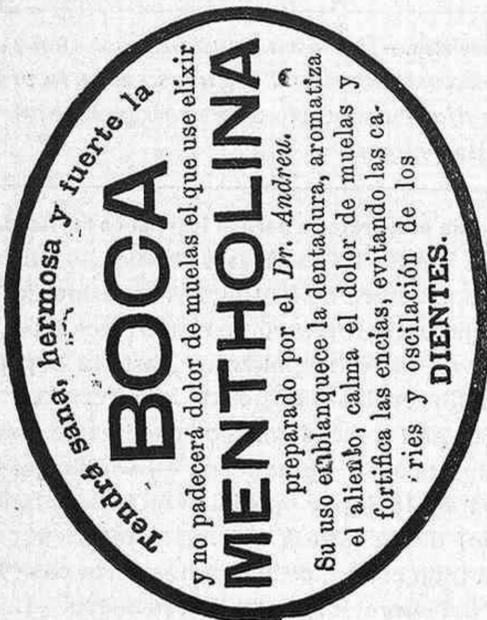
LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento, no mancha la piel ni la ropa. Úsase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entresuelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparado por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en blancos y tintes.

1, CARMEN, 1



Academia de billar de la Rambla. *Café Americano.* Barcelona.—Todos los días, de tres á siete de la tarde y de nueve de la noche en adelante, sesión de billar por los afamados profesores Cure, Crozatier, Rodriguez y otros, españoles y extranjeros. Servicio esmerado. Bebidas de primera marca.

INTERESANTE Á LAS REVISTAS ILUSTRADAS

Gran centro de venta de grabados de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL. Los clichés, galvanos y grabados en madera de nuestra colección, que comprende más de 5.000 asuntos, se venden á los precios desde tres á diez céntimos de peseta centímetro cuadrado.

La colección de muestra se halla de manifiesto en nuestras oficinas, Claudio Coello, 22, bajo.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis, sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y nacarada del marfil. Precio en París, 5 francos.

DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS

ALMACÉN GENERAL DE ROPA
PARA TODOS LOS
Institutos del Ejército y Hospitales militares
DE
CORUJO GALAN Y COMPAÑÍA
—s. en c.—
San Ignacio núm. 82.—HABANA.—Entre Muralla y Sol.
Correo: Apartado 580.—Dirección telegráfica: CORUJO.

NAIPES COMAS
FABRICA DE PAPEL Y NAIPES FINOS DE HILO Y UNA HOJA de Sucesores de S. Comas y Ricart, A. COMAS (S. en C.), Ronda de San Pedro, 4, Barcelona.—Casa fundada en 1797.—Teléfono, 1.708.—Marcas acreditadas: «El Ciervo» y «El Manoc», «El León», de J. Samsó, y «El Periquito», de C. Massó.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes á invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos, comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel, y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.
En la Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS, y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

ALIMENTO DE LOS NIÑOS
Para robustecer á los Niños, las Mujeres y personas débiles del Pecho, del Estómago ó padecientes de Clorosis ó de Anemia, el mejor y mas grato almuerzo es el RACHAOUT de los ARABES de Delangrenier de Paris.
Depósitos en las Farmacias del Mundo entero. — G. P.

El VINO de PEPTONA CATILLON restablece las fuerzas las digestiones, el apetito Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades del ESTOMAGO LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso éxito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma Catillon.
3, Boul. St-Martin, Paris y buenas Farmacias.
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

En toda clase de vomitos y diarreas y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo

EN NIÑOS Y ADULTOS

Emplear los Salicilatos de Vivas Pérez

adoptados de R. O. por el Ministerio de Marina y por el de Guerra

Los recomiendan indiscutibles autoridades médicas Celebran con entusiasmo sus efectos cuantos los usaron

Pidanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

MITAN Y FALSIFICAN SIN RESULTADO